

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.



EL CARDENAL XIMENEZ DE CISNEROS. (1)

EL CARDENAL

DON FRAY FRANCISCO XIMENEZ DE CISNEROS.

I.

Muy pocos han sido los hombres halagados extraordinariamente por la fortuna que no han experimentado un reves tarde ó temprano; muy pocos los que se han sabido sostener en los altos puestos de que su nacimiento al parecer los alejaba, y cuasi ninguno ha recorrido con rapidez la escala de los honores políticos, que al verse en la cumbre del poder no se haya desvanecido con su propio

(1) Es copia este retrato de un bajo relieve que existe en la Universidad de Madrid.

25 de mayo de 1847.

orgullo, y haya caído, para ejemplo de la proverbial inconstancia de la fortuna. En particular aquellos, que empujados por el favor de los reyes han ocupado un lugar eminente en política, han presentado en España desengaños muy amargos; y el condestable don Alvaro de Luna, Antonio Perez, Pizarro, don Rodrigo Calderon, y algunos otros, el último escalon que subieron fué el del cadalso, á donde pasaron cuasi desde la grada inmediata al trono.

Solo un hombre se elevó desde la mas baja esfera á la primera dignidad del estado, desde la humilde cogulla del hábito franciscano hasta el encarnado capelo, sin que nada pudiera derribarle ni estorbar su marcha progresiva: solo él supo amarrar la rueda de la inconstante fortuna, y atravesar con impavidez y serenidad una larga carrera sembrada de azares, llena de peligros y borrascas: solo él supo contra sus innumerables enemigos conservar el poder y prestigio adquiridos, y legar á la posteridad un

TOMO V. 43

nombre lleno de gloria, y exento de toda mancha. Este hombre fué el cardenal y arzobispo don Fr. Francisco Ximenez de Cisneros, gloria de nuestra patria, y según la espresion de don Prudencio Sandoval, uno de los varones mas insignes que España ha tenido.

En efecto bastará conocer la época borrascosa en que este hombre eminente gobernó la nación, para reconocerse, de que necesitó reunir á un talento político superior una energía y elevación de carácter extraordinario, una prevision grande, y una virtud á toda prueba, porque sin algunas de estas dotes indudablemente hubiera naufragado; hubiera sido victima de sus muchos y poderosos enemigos, como se deduce de la historia de sus hechos. Pero esta formaría un libro muy voluminoso, y la estension de un artículo solo nos permite trazar su bosquejo, y escoger algunos de sus hechos, bastantes para formar idea de la grandeza de este hombre insigne, y por tantos títulos acreedor á la gratitud y admiración de los españoles.

Muy lejos estaban sus principios de la grandeza adquirida posteriormente, pues el pueblo de su nacimiento fué Torrelaguna, su padre un recaudador de bulas, llamado Alfonso Ximenez, y su madre una honrada pero pobre muger del mismo pueblo, llamada Maria Torres. Pasó la niñez parte en Roa, donde aprendió las primeras letras, y en Cuellar, desde donde pasó á Alcalá á estudiar la gramática, y de allí á Salamanca, dedicándose con notable aprovechamiento á la carrera eclesiástica, y con especialidad al derecho civil y canónico.

Poco grato era el aspecto de su casa cuando Ximenez concluidos los estudios volvió á Torrelaguna: sus padres apenas tenían lo bastante para mantenerse y educar á otros dos hermanos que tenía, y él no podía contribuir sino á aumentar su escasez. Por lo tanto se resolvió á buscar fortuna, y con anuencia de su padre partió para Roma.

Tan poco fué muy próspero este viaje, dos veces fué robado en el camino, y la última vez le quitaron la calzagadura y los vestidos, viéndose obligado á detenerse en (Aguas Sestias) Aix, hasta que tuvo la suerte de encontrar á un su condiscipulo llamado Bruneti, que le prestó algun dinero para que se equipase de lo necesario, y le acompañó hasta Roma.

Para subsistir en la capital del orbe cristiano tuvo necesidad de apelar á sus conocimientos y dedicarse á la abogacia, pero un extranjero, sin apoyo, sin favor, sin conocimientos, ganaba muy poco, y trabajaba mucho; veía muy difícil su colocación y estos motivos, y la noticia de la muerte de su padre le decidieron á volver á su patria, para atender al sustento de su madre y hermanos, que quedaban en la mas completa miseria. Para llenar tan sagrado objeto habia obtenido del sumo pontífice lo que llamaban cartas espectativas, y con ellas tomó posesión del arziprestazgo de Uceda, que á la sazón estaba vacante.

Don Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, que quería agraciarse con esta dignidad á uno de sus familiares, llevó tan á mal que Ximenez la ocupase, que graduando aquel acto de un desprecio de su dignidad, y de un insulto á su persona, mandó prenderle y encerrarle en la mas fuerte torre del castillo de Uceda, y aun echarle grillos. La memoria del abandono en que quedaba su pobre madre, la crueldad con que se le trataba sin motivo, y lo triste y lóbrego de la prision, tal vez hubieran acabado su existencia, si otro sacerdote que estaba preso con él no le hubiese animado, y aun profetizado su futuro engrandecimiento. Pero esto no hacia mas que sostener momentáneamente el ánimo abatido del jóven, que despues cuando fué trasladado á la cárcel de San Torcaz buscó su consuelo en las Sagradas escrituras, de que hizo un estudio profundo durante su largo encierro.

Se cansó por fin la fortuna de serle adversa, y por in-

flujo de la esposa del conde de Buendia volvió á recobrar su libertad. Conocía sin embargo que el volver á su dignidad seria causa de muchos disgustos con el arzobispo, y siendo su objeto no tanto las comodidades, cuanto la tranquilidad y quietud, cambió el arziprestazgo por una capellanía en Sigüenza, donde comenzó á vivir, tranquilo, apreciado de todos, y contento con la medianía, en cambio de la cual tenía tiempo bastante para dedicarse al estudio profundo de las divinas letras, y al de la lengua hebrea, que llegó á conocer regularmente.

Tranquilo y alegre pasaba los dias en su amado retiro, cuando sin antecedente ninguno se encontró con el nombramiento de vicario general de la diócesis de Sigüenza de que era obispo don Pedro Gonzalez de Mendoza; y al mismo tiempo, con el de administrador de los bienes del conde de Cifuentes, que á la sazón se hallaba preso en Granada. Comenzó á desempeñar ambos cargos con la rectitud y desinterés que eran de desear, pero el nuevo vicario suspiraba por su retiro, y esta idea le hacia mirar con tedio los grandes cuidados de ambos destinos. Meditó detenidamente sobre el modo de retirarse de los negocios, y formada su resolución contra la opinion de sus amigos y parientes, tomó el hábito de San Francisco en un monasterio que los Reyes Católicos fundaban entonces en Toledo, donde concluido el año de noviciado hizo solemne profesion, dejando el nombre de Gonzalo que habia tenido hasta entonces, y tomando el de Francisco por devoción al fundador de la orden. En el nuevo estado comenzó á dar pruebas de su virtud y amor á la soledad, tanto que á sus instancias fué trasladado al Castañar, y despues al convento de la Salceda, en donde á poco tiempo fué nombrado guardian.

Cuanto mas procuraba retirarse, mas se esparcía la fama de su santidad y conocimientos, y cuando en 1492 los Reyes Católicos conquistaron la hermosa Granada, y nombraron por su primer arzobispo al virtuoso don Fray Fernando de Talavera, que era confesor de la reina doña Isabel, Ximenez fué designado para reemplazarle en tan honorífico como espinoso cargo, por los informes que de su austera virtud, de su desinterés y letras habia dado don Pedro de Mendoza, ya entonces cardenal y arzobispo de Toledo. La reina queriendo cerciorarse por si misma de las cualidades del hombre á quien iba á fiar su conciencia, mandó que le llamasen, para conferenciar con él y sondearle. Ximenez se presentó por primera vez, con franqueza y dignidad, pero acompañadas de una modestia tal, de una precision y acierto en sus contestaciones, tan respetuosas é inteligentes, que la reina quedó prendadísima del nuevo confesor. Este no aceptó el cargo sino con la condicion espresa de que no habia de seguir la corte, sino ir solo cuando S. M. lo necesitare.

Aceptada esta condicion, volvió á su convento sin que en su trato y persona se notase la mas pequeña innovacion. Siempre pobre, siempre tratable y cariñoso, siempre amigo del silencio y soledad, se ocupaba únicamente de la observancia y arreglo del convento de que era guardian. Movidos por la fama de estas virtudes los frailes de su orden le nombraron provincial, y aceptó este cargo gustoso, para que las ocupaciones que le son propias, le sirviesen de pretexto para presentarse en la corte mas de tarde en tarde. Entonces tomó por compañero á Fray Francisco Ruiz, que fué siempre su fiel servidor y despues obispo de Avila. En sus viajes iba acompañado de este solo fraile; un asnillo conducía los brebiarios y las pocas provisiones que ambos recogían mendigando de puerta en puerta en los pueblos de su tránsito.

De tan humilde y pobre manera caminaba el confesor de la poderosa reina doña Isabel I: con tan poca pompa y séquito emprendió la visita de los conventos de su orden, y de este modo recorrió toda el Andalucía, hasta llegar á Gibraltar. Desde allí intentó pasar á Africa, ansioso

de encontrar el martirio con la predicación del Evangelio, pero lo consultó con una beata de su orden, que tenía opinión de mucha santidad, y esta le contestó: *desistid de vuestra empresa, Dios ha fijado vuestro destino, para que hagáis en España cosas mas grandes, que las que pudierais hacer en Africa*. Esta especie de profecía, y las continuas cartas de la reina que le llamaba, le obligaron a volver á la corte.

Durante su visita tuvo lugar de ver por sí mismo el estado de inobservancia y abandono en que estaban los regulares, y concibió la idea de emprender la reforma, comenzando por los de su orden. Dió los primeros pasos con la reina, que aprobó su designio y le prometió su apoyo; pero lo mismo fué llegarle á rastrear los frailes, que levantarse contra Ximenez una horrible tempestad. Calumnias, dicerios, persecuciones, todo lo pusieron en juego contra el confesor, que sin embargo seguía constante en su empresa, luchando con todos sus enemigos frente á frente; pero todo cuanto hacia, quedaba destruido por los amagos de un tal Fray Lorenzo Vaca, que apoyado en unos rescriptos pontificios que habia adquirido, daba mucho en que entender al provincial. Sin embargo, Ximenez hubiese llevado á cabo la reforma, si nuevos y urgentísimos negocios no hubiesen llamado su atención.

Hacia ya algun tiempo que el cardenal arzobispo de Toledo se hallaba gravemente enfermo en Guadalajara, y los reyes fueron á visitarle y consolarle en los últimos momentos. Aunque ya en trance tan apurado, conocía Mendoza que el golpe de muerte dado por los reyes Católicos al feudalismo, tal vez dejaría de producir su efecto si el arzobispado de Toledo, que iba á quedar vacante por su muerte, recaía en una persona de la nobleza. El influjo del arzobispo de Toledo entonces era inmenso, podia disponer de unas riquezas colosales, y estos elementos en manos de un hombre ambicioso, unido á una nobleza turbulenta y aun poderosa, podia poner en conflicto al trono. Por lo tanto les aconsejó que nombrasen por su sucesor á Ximenez, hombre sin ambicion, sin pretensiones de engrandecimiento, y hasta sin familia que pudiese aspirar á las primeras dignidades del reino. Los reyes escucharon su consejo con amabilidad, y le ofrecieron tenerlo en consideración; pero el asunto era de gran trascendencia, y las voluntades estaban muy opuestas en punto al que debia designarse para tan alta dignidad. El rey don Fernando tenía muchísimo empeño en que el sucesor de Mendoza fuese su hijo bastardo don Alfonso de Aragon, entonces prelado de Zaragoza: la nobleza abogaba por don Diego Hurtado de Mendoza, sobrino del actual arzobispo, hijo del conde de Tendilla, patriarca de Alejandria y prelado entonces de la iglesia de Sevilla. La reina, en fin, estaba decidida por Fr. Juan de Belalcázar, movida por la fama de su virtud, y por el desprendimiento que habia mostrado renunciando el principado de Belalcázar por el humilde hábito de San Francisco. Consultó, sin embargo á su confesor, y Ximenez le aconsejó el candidato que le presentaba la nobleza, como el mas á propósito para suceder á su tío. Tal vez en esto influyese mucho la gratitud de Ximenez hacia su bienhechor el cardenal; aunque la posición y prendas del sobrino no eran desatendibles.

Aun despues de la muerte del cardenal Mendoza, fluctuaron algun tiempo los reyes, y se pusieron en juego con todo su poder las influencias de cada uno de los dichos candidatos, pero la reina se mantuvo firme en su propósito, y un embajador extraordinario partió para Roma, llevando el nombramiento de Fr. Juan de Belalcázar, para que el pontífice espidiese las bulas en su favor. A poco tiempo de haber partido el embajador salió un correo ganando horas hasta alcanzar al enviado extraordinario, á quien entregó un pliego de la reina en que le mandaba, que en lugar de Fr. Juan de Belalcázar, propusiese

á Fr. Francisco Ximenez, éhiciese todos los esfuerzos posibles para que viniesen las bulas cuanto antes.

Se ignoran los motivos que pudieron causar tan repentina mudanza, aunque lo mas probable es que aquella sabia reina se valió de este medio para evitar que el nombramiento de su confesor encontrase dificultades, como indudablemente las hubiera tenido aun por parte del mismo rey, si antes se hubiese entendido la intención de nombrarle.

Ximenez que ignoraba completamente las disposiciones de la reina habia ido á Madrid á confesarla, y obtenida su licencia se preparaba á retirarse al convento de Ocaña para tener en él la Semana Santa. Ya su compañero Ruiz habia preparado el jumento y algunas legumbres é iban á marchar, cuando el confesor recibió orden de la reina para que al momento se presentase en palacio. Sintió Ximenez el pequeño retraso que esto le causaba, pero se presentó con ánimo de despachar lo mas pronto posible. La reina, en cuyo semblante se leía una completa satisfacción, le habló de algunos otros asuntos, y luego poniendo en manos del provincial un pliego cerrado, le dijo con la sonrisa en los labios: — *Leed esos papeles á ver que quiere el Santo Padre*. Los tomó el humilde franciscano, y reparando el sobre que decia: «*A nuestro venerable hermano Fr. Francisco Ximenez, electo arzobispo de Toledo*», quedó un momento como turbado. Luego reponiéndose se acercó á la reina, dejó el pliego en su regazo diciendo: *no me pertenecen*, y sin aguardar (como solia) la orden de retirarse, volvió la espalda, y se dirigió á la puerta. Doña Isabel no le detuvo, solo antes que pasase el umbral le dijo llena de gravedad: *Quedo facultada para dar cumplimiento á lo que en ellas manda su santidad*. El confesor continuó su camino sin contestar palabra alguna.

La reina que conocia la virtud y desprendimiento de Ximenez, y su carácter duro é inflexible, no dudó que haria renuncia, y no volveria á presentarse hasta que le fuese admitida, y para evitarlo envió al momento á su mayordomo mayor y al presidente del Consejo, para que fuesen á decirle: *Que no era conforme con su virtud y conformidad resistir la voluntad de Dios, oponerse al mandato del Pontífice, y despreciar el alto honor que la reina le dispensaba, rehusando servirle en esto que le pedia*; pero cuando fueron á buscarle ya habia tomado el camino de Ocaña. Deseosos de dar cumplimiento al mandato de la reina, tomaron caballos y fueron en su seguimiento, y como caminaba á pie, y al corto paso del asnillo, le alcanzaron á las tres leguas, y con muchísima dificultad pudieron lograr que volviese á Madrid.

Increíble parece la resistencia que Ximenez opuso á admitir el arzobispado. Ni las instancias y ruegos de la reina, ni las súplicas de los grandes, ni las cartas de los amigos, ni todos los medios que se emplearon bastaron á decidirlle. Medio año continuado hizo frente á todas las influencias, y hubiese indudablemente persistido en su negativa, si los reyes no hubiesen impetrado un brebe del sumo Pontífice, en que no solo le exhortaba, si no que con su autoridad apostólica le mandaba que aceptase. Entonces ya no le pareció regular resistir mas, y con universal aplauso de todos, y particular satisfacción de los reyes, aceptó el arzobispado.

El brebe se recibió en Burgos, y desde allí pasaron los reyes á Tarazona, donde quisieron que se celebrase la augusta ceremonia de la consagración. Se eligió al efecto la iglesia del convento de San Francisco, y en la octava de dicho santo, día 11 de octubre de 1493, fué consagrado con toda la solemnidad y pompa posible, á presencia de los reyes y de todos los caballeros de su corte. Concluida la ceremonia, el nuevo prelado fué á besar las manos á los monarcas á quienes dijo: *Beso las manos de VV. AA. no tanto por á darles gracias de haberme hecho arzobispo; cuanto por que confío, que*

ellas son las que me ayudarán en mi ministerio, para que consiga ocupar en el cielo el lugar de los arzobispos. Los reyes así se lo prometieron, y la ceremonia concluyó derramando todos lágrimas de ternura y consuelo.

Hasta ahora Ximenez solo ha dejado ver su virtud, su abnegación y desprendimiento; preciso era que la fortuna le colocase en lugar tan elevado, para que su carácter enérgico, su valor invencible y su talento político pudiesen desarrollarse completamente.

II.

La grandeza, que no había podido lograr que su candidato fuese el elegido para el arzobispado, se consoló en cierto modo, creyendo que el nuevo prelado, de vida austera, amigo del retiro y soledad, y que tanto desprendimiento había mostrado, brillaría poco en el elevado puesto que obtenía, y aun le cedería la parte de influencia que por él le pertenecía; pero bien pronto tuvieron ocasión de conocer que se habían equivocado. Ximenez les manifestó desde luego que el arzobispo de Toledo no era aquel oscuro, humilde y retirado fraile franciscano, que poco antes despreciaba la primera de las dignidades de España.

Envío luego a tomar el juramento a los alcaides de todos los castillos y fortalezas de su arzobispado, entre los que se contaba el adelantado, de Cazorla que lo era hacia muchos años don Pedro Hurtado de Mendoza, hermano del difunto cardenal. Los principales parientes de este y algunos de la nobleza, se presentaron al arzobispo de parte de la reina diciéndole, que era preciso confirmar a Hurtado en el adelantamiento, de Cazorla no solo porque así lo quería la reina, sino también por ser hermano del cardenal, a cuya autoridad y buenos informes debía Ximenez la dignidad que poseía; y el no hacerlo, sería una reprensible ingratitud. El arzobispo oída esta súplica que tenía todas las apariencias de mandato, aprovechó la ocasión para manifestarles cuan difícil era dominarle, y con aire grave y resuelto les contestó: *Su puesto que la reina es quien os envía, decidla, que por ahora no haré lo que me pide. Volveré a la vida privada, al humilde hábito de donde se me ha arrancado, pues nunca ambicioné esta dignidad, pero de ningún modo recibiré el arzobispado mutilado en sus fueros, ni faltándole un solo terron.* Espantados se fueron los nobles con tan seca y atrevida respuesta; pero el arzobispo, que solo había querido aprovechar esta ocasión de manifestarles su carácter, y que ninguna queja ni motivos particulares tenía para no hacer confianza de Hurtado, encontró a este al entrar en su palacio. Como Hurtado le juzgaba su enemigo, trató de evitar el encuentro, pero Ximenez levantando la voz le dijo: *Dios os guarde adelantado de Cazorla; y al llegarse a él le dijo: creo que para los reyes, para la patria, y para mí, sereis lo que en tiempo de vuestro hermano, y le alargó la mano en señal de una amistad que jamás había de quebrantarse.*

Mucho se comenzó a murmurar en la corte del orgullo y altanería del fraile, y las quejas llegaban hasta la misma reina. Pero esta las despreciaba, porque conocía que no era orgullo, sino celo por su dignidad, y efecto de la misma austeridad de sus principios. En efecto en su persona no se había notado el menor cambio, caminaba como antes con su asnillo y compañero; su mesa era tan parca, que apenas se diferenciaba del refectorio de la Salceda; y en sus habitaciones no se veía ningún lujo ni grandeza.

Su pingüe renta estaba distribuida, la mitad para los pobres, y su limosnero Juan Cárdenas tenía el encargo de distribuirla, sin darle cuenta de los objetos en que se invertía. De la otra mitad debía sacarse lo indispensable para el gasto de su persona, casa y familiares; destinando lo sobrante a obras públicas, cuyo objeto fuese la reli-

gion y el estudio de las ciencias. Sin embargo esta misma pobreza, esta misma austeridad eran graduadas por sus enemigos de hipocresía y avaricia, ó de falta de decoro en su persona, como propio de hombre nacido en toscos pañales. Estos murmullos llegaron hasta la silla apostólica, y en 15 de diciembre de 1495, le escribió el pontífice una carta mandándole, que por el decoro de la dignidad que ocupaba, aumentase su lujo, el de sus familiares y casa. Obedeció Ximenez al momento, su palacio se adornó con gusto y elegancia; sus familiares se vistieron y trataron con profusión; y hasta en su misma persona adoptó trages costosísimos. Se vistió de seda, forró su traje de unas pieles cenicientas por semejarle al color del hábito, tan sumamente preciosas, que además de su finura, cuando se movía despedían una fragancia deliciosa, y tan costosas, que se dice usó un vestido de estas pieles cuyo valor era de tres mil ducados de oro. Sin embargo interiormente, y en su comida y cama, ninguna variación hizo, y procuraba mortificarse.

No era sola la corte la que murmuraba é interpretaba siniestramente su recto proceder, sus mismos comensales, los mismos frailes que tenía en su palacio levantaron contra él una terrible tempestad, que solo la rectitud de la reina católica pudo conjurar. Resentidos los frailes porque no daba a ellos solos todas las riquezas y dignidades, esparcieron tales patrañas, lograron ponerle tan mal con el general de la orden franciscana, que vino a España resuelto a acabar de una vez con el arzobispo, é inutilizarlo para siempre. Pidió una audiencia a la reina que le fué concedida, y en ella se desató tan terriblemente contra Ximenez, prolió contra él palabras tan duras é injuriosas, que la reina no pudo sufrirlo, y tomando aquel aire de magestad que le era tan común le dijo: *Dudo si estais bueno de la cabeza, y por eso tolero que os hayais olvidado de con quien hablais.* El mal intencionado fraile, a quien el silencio de la reina había hecho creer que lograría su intento, ó que al menos sería atendido, ciego de cólera y despecho contestó: *Señora, estoy bastante cuerdo para conocer, que estoy hablando con la reina Isabel, que es un poco de polvo como yo;* y salió precipitadamente de la estancia real. La magnánima reina se confirmó en que aquel miserable estaba loco de cólera y envidia, y lo despreció hasta el extremo de ni siquiera hablar de ello a Ximenez. Este aunque todo lo sabía, convidó a comer al general y lo trató con mucha afabilidad y cortesania, sin darse por entendido de las malas intenciones de su convidado. Después lanzó de su palacio a todos los frailes, sin quedarse mas que con su compañero Francisco Ruiz, y su confesor Fr. Diego Millalano.

Entre los espulsos lo fué también un hermano del arzobispo llamado Bernardino, también fraile franciscano, cuyo mal carácter y conducta obligaron al hermano a tratarle con tanta severidad como a los otros. Juró el fraile vengarse, y escribió un libelo infamatorio contra el arzobispo, con ánimo de presentarlo a la reina y publicarlo, pero fué descubierto, y Ximenez recogió el libelo, y puso preso al discolo hermano. Pero el amor a la propia sangre y sus ruegos y súplicas hicieron que le perdonara y le volviese a su gracia. Esta generosidad estuvo muy cerca de costarle la vida, pues a poco tiempo hallándose el arzobispo en Alcalá gravemente enfermo, supo que su hermano había obligado a los jueces eclesiásticos a dar una sentencia injusta. Indignado rasgó la sentencia, y reprendió gravemente a su hermano que había entrado a verle: pero este furioso se arrojó sobre el arzobispo, le puso la almohada sobre la boca, y con las manos le apretó tanto la garganta que lo dejó por muerto, saliéndose luego del cuarto para ocultarse. Afortunadamente un page notó la turbación de su semblante, y entró al lecho del arzobispo que estaba sin sentido. Llamó corriendo a los médicos que aun llegaron a tiempo de salvarle, aunque su enfermedad se agravó y prolongó mu-

cho mas con este accidente. El desnaturalizado fraticida fué preso y conducido al convento de Torrijos, junto á Toledo, donde sus hermanos en Cristo cuidaron de cumplir la sentencia con todo rigor. Mas al fin el generoso arzobispo le perdonó y dió libertad, y á instancia del rey Católico le asignó ocho mil reales anuales, pero con la condicion espresa de no presentársele jamás.

A proporcion de la rectitud que siempre habia observado en su persona y costumbres, queria el arzobispo reducir todas las cosas que estaban á su cargo, á las reglas de virtud y sana moral, y desde luego fijó su vista en la iglesia primada comenzando á tratar de la reforma de los canónigos y racioneros. Pero el poner el dedo en esta llaga era la mayor dificultad, porque si como tocara á lo mas sagrado de la religion, ó á la integridad del dogma, los eclesiásticos en masa se levantaban para sostener los abusos á que estaban acostumbrados. El cabildo opuso una tenaz resistencia, y para con la autoridad pontificia hacer frente al arzobispo, enviaron á Roma á Alfonso de Alborno. Lo supo Ximenez, y al momento despachó una nave con cartas para el embajador, y el comisionado del cabildo al llegar al puerto de Ostia fué preso y conducido á España, donde continuó encerrado por espacio de veinte meses. Pero esta energia del arzobispo daba en un muro de bronce, los canónigos jamás se prestaron á la reforma, y Ximenez tuvo que ceder poco á poco, por no multiplicar los escándalos.

A pesar del favor que disfrutaba con la reina, y de la mucha confianza que aquella augusta señora tenia en su virtud y consejos, no solo nada pretendia ni en nada se mezclaba, sino que procuró siempre huir de la corte todo lo posible, retirándose siempre que le era permitido á Alcalá, donde se entregaba á la meditacion del colosal y útil proyecto que habia de ennoblecerle y eternizar su nombre. Hacia ya algun tiempo que habia elegido el local y formado el plan de la famosa Academia Complutense, y por fin el 14 de marzo de 1500, á las cuatro de la tarde, puso la primera piedra del llamado colegio del San Ildefonso, que tanto apoyo ha dado á las letras y que ha producido tantos hombres eminentes.

Aunque su placer hubiera sido permanecer en Alcalá para presenciar y dirigir por sí la obra, los continuos llamamientos de los reyes, que á cada momento necesitaban de su consejo y apoyo, se lo impedian. En este mismo año fueron los reyes á Granada y quisieron que fuese con ellos para ordenar lo conveniente á la buena administracion de aquella ciudad recién reconquistada, y á formar las leyes para el trato y arreglo entre moros y cristianos. El celoso arzobispo no solo cumplia con el encargo político que le habian confiado, sino que puesto de acuerdo con don Hernando de Talavera, se dedicaban ambos al aumento de la religion y conversion de los moros, que abrazaban el cristianismo en tanto número, que Ximenez para poderlos bautizar los reunia en un local espacioso, y los rociaba con un hisopo pronunciando al mismo tiempo la forma, y quedando todos bautizados á la vez.

Confiado en estas numerosas conversiones, quiso llevar las cosas al extremo, y verificada la famosa conversion del zegrí, que despues se llamó Gonzalo Fernandez, comenzó á reunir todos los libros árabes que tenian en su poder los granadinos, y separando únicamente los de medicina, que despues depositó en Alcalá, quemó en un solodio mas de cinco mil volúmenes. Esta medida produjo tan mal efecto en los moros, que se alborotaron muchísimo. Comenzaron por acometer á un tal Salcedo, pariente del arzobispo, que con dos criados habia ido al Albaicín. Los dos criados perecieron á manos de la multitud furiosa; Salcedo fué salvado por una mora, que le escondió debajo de su cama; y á la noche ya habian sitiado el palacio, pidiendo á grandes voces la cabeza del arzobispo, y jurando que no habian de dejar vivo á nin-

guno de sus familiares. Elapuro era terrible, todos aconsejaban á Ximenez que huyese y se retirase á la Alhambra, pero él se resistió á evitar el peligro, y por espacio de diez dias estuvo luchando con la multitud, hasta que por fin á fuerza de tocar resortes, de hablar á los principales moros, y de hacer cuanto le aconsejó su prudencia, logró apaciguarlos.

Aunque el arzobispo habia tenido buen cuidado de dar cuenta de la rebelion á los reyes que se hallaban en Sevilla, el negro á quien entregó los pliegos, se emborrachó, y cinco dias despues aun estaba dentro de Granada; por consecuencia los reyes supieron la novedad por la voz comun, que suponía á Granada enteramente perdida y otra vez en poder de los moros; y en tales términos se creyó esto, que don Fernando abatido por el dolor, se presentó á la reina diendole: *Ve aquí los triunfos de nuestros antepasados y los nuestros, adquiridos con la sangre y el sudor de la nobleza española, en un momento disipados y destruidos por la necia obstinacion de tu tan decantado Ximenez.* Escusado es ponderar el sentimiento de la reina, y lo que en aquel momento sufría su corazon, pues no era solo la pérdida de la ciudad, último baluarte de los moros, que á tanta costa les habia arrancado, sino que á ademas se achacaba la causa á un hombre, á cuya virtud y talento lo habia confiado todo. El mismo silencio del arzobispo confirmaba sus temores, y la incertidumbre aumentaba su congoja. Tomó la pluma y escribió á Ximenez una carta que mostraba bien lo acerbo de su dolor.

Cuando la recibió el arzobispo conoció lo mal que habia obrado, fiando de persona tan despreciable como un esclavo, mensaje de tanta importancia. Envio al momento á su compañero Ruiz, cuya relacion tranquilizó á los reyes, y muy luego se presentó tambien el arzobispo á dar cuenta de su persona, y lo hizo de modo, que no solo destruyó las calumnias que contra él se habian levantado, sino que quedó en la misma estimacion y privanza que antes tenia, y los monarcas católicos, lejos de hacerle inculpacion de ningún género, le dieron las gracias por su prudencia y tinó en conducir á tan feliz resultado asunto tan peligroso.

Compuestos los asuntos de Granada volvió el arzobispo á Alcalá, año de 1502, pensando dedicarse ya tranquilo, al menos por algun tiempo, al cuidado de su persona, cuya salud comenzaba á resentirse, y á la inspeccion de la obra del colegio que adelantaba bastante. Pero no se pasó mucho tiempo sin que los asuntos políticos volviesen á arrancarle de su retiro. Los moros de las Alpujarras volvieron á levantarse, y la envidia y maledicencia tornó á acusar á Ximenez; mas la reina, para manifestarles cuanto se equivocaban, y de cuan diferente modo juzgaba ella al arzobispo, le envió á llamar al momento para que les aconsejase. Creyó tambien Ximenez que su reputacion estaba interesada en que emprendiese este viage á pesar de su delicada salud, y aunque en el camino recibió la noticia de que ya el rey católico los habia vencido y apaciguado, continuó sin embargo hasta llegar á Granada, donde los reyes le recibieron con muchas pruebas de cariño, y quisieron que no alojase en la misma Alhambra.

Las continuadas fatigas, los muchos cuidados, y los disgustos deterioraron su salud hasta el extremo de que á pocos dias de llegar á Granada enfermó gravemente. La reina que lo visitaba con frecuencia, y le prodigaba los cariños y desvelos de una verdadera amiga, le aconsejó por dictamen de los médicos, que se trasladase al Generalife, donde talvez la humedad del sitio, y el cambio de habitacion le mejorarian. Accedió el arzobispo pero sin resultado, la enfermedad fué agravándose de cada vez mas, y á los tres meses habia caído en un marasmo espantoso, al que se unia una fiebre ética que le consumía á toda prisa. Los médicos le desauccion completamente, y la reina Isabel estaba muy afligida creyendo que sin remedio iba á perder á su mayor amigo y consejero.



Una noche en que sus familiares fatigados de tan largas y continuadas vigiliass estaban todos casi dormidos, una mora conversa llamada Francisca, á quien Ximenez habia casado con su dispensero Zavala, se deslizó en su aposento, y acercándose con cuidado á la cama le dijo:—Señor, estais muy malo, y vuestros médicos no os saben curar.—Y bien, Francisca, ¿qué quieres que haga yo?—Sino temiera incomodaros yo os propondría tal vez un medio de curaros.—¿Y porque habia de desazonarme cuando te interesas por mi salud?—Es que tal vez la diferencia de religion.... pero yo conozco muchos moros muy sabios en el arte de curar y particularmente una mora muy anciana, que indudablemente os pondría bueno, porque hace unas curas prodigiosas. ¡Si quisierais consultarla!—¡Ah Francisca! mi enfermedad da muy pocas esperanzas, pero probemos; llama á esa mora, y tal vez ella abrevie mis padecimientos.—Francisca salió corriendo en busca de la famosa curandera, y en las altas horas de la noche la introdujo en el aposento del arzobispo. El trage particular de la vieja, encorvada bajo el peso de ochenta años, la escasa luz del aposento, el silencio que reinaba en todo el Generalife, daban á aquella escena un carácter particular de brujería, que Ximenez sintió un estremecimiento de miedo al ver junto á sí á la anciana mora, que con una lucerna que sacó de debajo de su ropa le contemplaba atentamente. Sin hablar palabra le tomó el pulso, le inspeccionó el pecho y el vientre, y despues le dijo: *La enfermedad es gravísima, pero yo os doy palabra de curaros en ocho dias, con tal que vuestros médicos nada entiendan. Si así me lo prometéis prevendré mis unturas, y mañana á la noche comenaré á curaros.* El arzobispo le dió palabra de guardar el mas riguroso sigilo, y la vieja y Francisca desaparecieron. A la noche siguiente la curandera se presentó á la hora prometida, prevenida ya de sus unturas, que aplicó al enfermo con tan buen éxito, que segun su promesa al octavo dia pudo el enfermo levantarse. Entonces la curandera se despidió diciéndole: *Ya estais bueno, ahora pasead todos los dias por la ribera del Darro, y en sintiéndos con fuerzas bastantes, volveos á Castilla.*

El arzobispo se creyó como por encanto arrancado del borde del sepulcro, y no cesaba de bendecir á la Providencia, que le habia devuelto la salud de un modo tan extraño é inesperado. En efecto, la Providencia divina velaba sobre aquel hombre, que aun tenia que dar muchos dias de tranquilidad y gloria á su patria.

III.

Siguiendo el consejo de la anciana mora, luego que las fuerzas le ayudaron volvió á Alcalá, y en esta época hizo construir la famosa Calle Mayor, tan nombrada por lo larga y recta. Su desprendimiento, y su ánimo verdaderamente grande, estaba siempre buscando objetos dignos y útiles en que ocuparse. No contento con el apoyo y realce que daba á las letras con la creacion de la Academia, para cuya fundacion y privilegios, le acababa de traer de Roma su comisionado Francisco Ferrera, las mas amplias bulas, concibió el plan costosísimo y difícil de la publicacion de la Biblia Poliglota, y habiendo ido á Toledo á cumplimentar y jurar como principes herederos á don Felipe I y doña Juana, que habian llegado á aquella ciudad el 7 mayo de 1502, comenzó á realizar esta grande idea.

Al efecto reunió á Demetrio Cretense, Antonio de Nebrija, Lope de Zúñiga, Fernando Pinciano, al médico de Alcalá Alfonso, Pablo Coronel, Alfonso Zamora, Juan de Vergara y otros, todos hombres doctos y sumamente versados en las lenguas; les repartió el trabajo que cada uno tenia que desempeñar, los dotó largamente, y les encargó que no escaseasen los medios de que la obra saliese con la perfeccion posible. El les dió el ejemplo de cuan resuelto estaba á hacer con este objeto todo géne-

ro de sacrificios, pues los siete egemplares hebreos que hoy se conservan en Alcalá, le costaron cuatro mil escudos de oro, cantidad enorme para aquella época.

Para poder formar idea de los afanes, vigiliass y gastos que al arzobispo le costaria esta publicacion, baste decir, que se tardó en ella quince años, y que pasó su coste de cincuenta mil escudos de oro. Sin embargo tuvo la dicha de gozar del fruto de su trabajo. El dia que se acabó de imprimir, el tipógrafo, Juan de Brocar vistió rica y galanamente á su hijo Guillermo, y le envió al arzobispo para que le presentase uno de los egemplares. A su vista el venerable prelado profundamente conmovido, y derramando lágrimas de alegría exclamó: *Gracias os doy, Sumo Sacerdote Jesu-Cristo, pues habeis permitido llegase á cabo obra porque tanto me he desvelado.*

Por este tiempo la salud de doña Isabel I era muy delicada, la llaga contraida en el sitio de Granada por el demasiado ejercicio á caballo, la molestaba estraordinariamente, la habia entrado una calentura continua que la consumia, añadiéndose á estos males una grande afeccion moral, causada por los escándalos que Felipe I y su esposa doña Juana estaban dando en Flandes, y que atormentaban cruelmente el ánimo de esta noble señora. El arzobispo voló á su lado, y le prodigaba los mas paternales consuelos, y la misma reina confesaba el alivio y satisfaccion que sentia, teniendo á su lado á tan buen amigo.

Aunque vencido Ximenez la primera vez en el asunto de reforma del clero de su diócesis, no habia sin embargo desistido de esta idea, y para que la comenzasen á llevar á efecto, nombró por sus delegados al doctor Villalpando que era su vicario general, y al canónigo Fernando de Fonseca. Volvieron á levantarse en masa contra el arzobispo el cabildo y clero, y llegaron las cosas á punto, que tuvo Ximenez, que meter en la cárcel arzobispal á tres de los principales. No acobardaron por esto los anti-reformistas, antes lo tomaron con mas calor, y nombraron una comision que llevó sus quejas hasta la misma reina. Esta consultó el negocio con el arzobispo, conviniendo en que era necesario que pasase á Toledo, y arreglase este asunto por sí mismo. Ambos sintieron muchísimo aquella separacion, porque ambos presentian que ya no volverian á verse, y Ximenez salió para Toledo derramando lágrimas de ternura.

En esta ciudad tuvo que detenerse todo el verano y otoño, porque el asunto de reforma era imposible llevarlo adelante, y era necesario transigir con el cabildo, pero de un modo que su autoridad no quedase humillada, ni sus mandatos enteramente desobedecidos, y para que su generosidad y munificencia no estuviesen ociosas entonces, fundó en Alcalá el convento de monjas llamado San Juan de la Penitencia, y el colegio de niñas pobres de Santa Isabel.

Ocupado en estos graves asuntos estaba, cuando recibió una carta de don Fernando el Católico, mandándole pasase á Toro, porque la reina Isabel habia fallecido en Medina del Campo el 27 de noviembre de 1504, y le habia nombrado por su testamentario. En la misma le prescribia el itinerario y dia en que debia salir, para que no se viese obligado á acompañar el cadáver de la reina á Granada, donde segun su testamento debia ser conducido, porque el rey en aquellos momentos necesitaba mucho de su compañía y consejos.

El arzobispo recibió un golpe dolorosísimo con la noticia de la muerte de la reina, de su protectora y amiga. Entre sus familiares dió libre curso á sus lágrimas, y se consolaba prodigando interminables, pero bien merecidos elogios, á la mejor de las princesas que han ocupado el trono de las Españas. Pero con la muerte de la reina no habian cesado sus compromisos, el rey necesitaba de su auxilio y era preciso colocarse á su lado para hacer

frente á la tempestad que amenazaba al monarca católico.

El temporal era horroroso. Pedro Martir asegura que en aquellos días era tan abundante y continuo el aguacero que caía, que los caminos estaban intransitables, en términos que no se atrevieron á emprender el viage con el cadáver de la reina, y determinaron llevarlo á Toledo hasta que el tiempo mejorase algun tanto. Pero Ximenez no se detuvo; el día prescrito por el rey se puso en camino, y aunque con hartas incomodidades llegó á la presencia de Fernando, que le recibió con señales muy marcadas de afecto y respeto, y se encontró algo mas consolado, por tener consigo á tan buen consejero y amigo.

En efecto el rey don Fernando necesitaba de mucho consuelo y apoyo, porque ademas de la pérdida irreparable de su digna esposa, veía levantarse contra si una terrible persecucion. Muchos de los grandes, apoyados por don Juan Manuel, querian que Fernando saliese inmediatamente de Castilla; y aunque á las dos horas de muerte su esposa habia el mismo alzado pendones por su hija doña Juana, no por esto dejaban de acusarle de ambicioso, y de querer continuar en un gobierno, que de ningun modo le pertenecia. El arzobispo le consolaba y animaba, pero los asuntos de Fernando iban en tan mal estado, que parecia imposible poder contener ni un solo momento á los partidarios de Felipe I.

Este monarca, engañado por los enemigos del rey Católico, comenzó á proceder contra su suegro con una dureza increíble. En Flandes habia puesto preso á Conchillos enviado por Fernando; y sus embajadores acababan de llegar á Segovia con instrucciones sumamente hostiles. Lo supo Ximenez y fué allá al momento, y sin sacudirse el polvo del camino, les avisó que tenia que verlos para un asunto urgente. Los embajadores de Felipe que iban á sentarse á la mesa, contestaron que en comiendo irian, pero insistiendo el arzobispo, tuvieron que presentarse sin comer. Luego que los tuvo en su presencia, los habló con tanta energia, y les hizo concebir una idea tal del estado en que se encontraba el rey Católico, que los embajadores escribieron en aquel mismo momento á Felipe el Hermoso, que pudiese en libertad al enviado, y se apresurase á hacer las paces con su suegro, porque el prestigio y valor de estar unido al poder y autoridad del arzobispo, eran bastantes para desbaratarlo todo. Con este golpe paralizó el curso de los negocios y dió lugar al rey Fernando para efectuar la paz con Francia, con lo cual robusteció muchísimo su causa, y debilitó la de su yerno.

El señalar todos y cada uno de los servicios que Ximenez prestó en esta ocasion al rey Católico, lo mucho que trabajó en las entrevistas que tuvieron los dos reyes, y los esfuerzos que hizo para arreglarlos, seria traspasar nuestro propósito. Pero nada pudo conseguir, y el rey Católico tuvo que abandonar los reinos de Castilla, porque la ambicion de reinar no permite compañero, ni aun sombra de otro poder.

El cambio de dinastia, el interés que el arzobispo habia manifestado por el rey Fernando, y el odio que don Juan Manuel y todos los favoritos tenian á sus hechuras hacian creer que el influjo y valimiento de Ximenez habian concluido para siempre, pero su virtud, su poder, y sobre todo su carácter duro é inflexible le hacian temer y respetar. Es notable entre otros hechos el que adoptó para derribar á don Juan Manuel, á quien á todo trance queria separar del lado del rey.

Un correo, llamado Beltran del Salto, fué un día á entregar unas cartas al arzobispo, y en confianza le enseñó unos despachos del rey por los cuales se arrendaban por diez años los productos de la industria de la seda del reino de Granada, que entonces eran de gran consideracion y Felipe I habia cedido á su suegro. Ximenez le pidió los pliegos, y luego que los tuvo en sus manos los hizo pedazos, y los entregó á un page para que los quemase. Dirigiéndose en el momento al correo le dijo: — *Agradece*

Beltran, á nuestra amistad, el que no influya con el rey para que te mande cortar la cabeza, pues faltando á la fidelidad, le imputas una infamia, que le pondria n abierta enemistad con su muy amado suegro. Beltran aturdido, comenzó á disculparse, diciendo que él no tenia parte alguna en aquel negocio, que se habia hecho por disposicion y consejo de don Juan Manuel. Esta confesion era la que Ximenez buscaba. Despachó á Beltran, y al momento fué á presentarse al rey, á quien dió cuenta de lo que habia hecho, haciéndole ver la malicia de su favorito, que usurpaba su real nombre para obrar contra lo justo, y contra el honor mismo del monarca, cuya palabra estaba comprometida en aquel asunto. Felipe no pudo desentenderse de la rectitud y energia del arzobispo, le alabó el hecho, le dió palabra de separar de su lado á don Juan Manuel enviándole de embajador á Roma, y para darle á Ximenez una prueba del mucho aprecio que hacia de sus consejos y experiencia, le pidió que en adelante todos los jueves recibiese en su casa á los de su consejo privado, y oyese y diese su dictámen en los negocios que al día siguiente debian tratarse en su presencia. El hecho habia sido atrevido, pero el arzobispo tenia en si mismo cierta cosa que le hacia superior á todos. Felipe no debia ser su amigo, sin embargo á la primera ocasion que se ofrece le respeta, y le vuelve la influencia que las circunstancias le habian quitado.

IV.

Admitido el arzobispo á la participacion del consejo privado, teniendo que preceder su dictámen á todas las disposiciones politicas, es claro que no hubiera tardado mucho en ser para el nuevo monarca, lo que habia sido para sus predecesores. Pero una pulmonia violenta quitó la vida á Felipe antes de cumplir seis meses de reinado, é hizo cambiar de todo punto la faz politica de España.

Los grandes, aturdidos con aquel golpe imprevisto, se agolparon á casa de Ximenez, movidos por temores y esperanzas bien opuestas. Los que tan abierta y encarnizadamente habian hecho la guerra al rey Católico, temian que su vuelta les costase la vida; los partidarios de aquel monarca esperaban ver premiada su lealtad; y los indiferentes temian una revuelta politica en que la nacion, ó al menos los intereses de los hombres honrados y pacíficos sufriesen mucho. En efecto el lance era apurado y urgente. Doña Juana, que era la que debia gobernar, no estaba para ello; Carlos era muy niño; y en consecuencia algunos de la nobleza se atrevieron á proponer como indispensable la vuelta de don Fernando, pero el conde de Benavente se opuso con tal vehemencia y alegó tales razones, que se le adhirió la mayor parte de la reunion. Ximenez, que hasta entonces habia guardado un profundo silencio, esperando penetrar las intenciones de los mas poderosos, tomó entonces la palabra, y cuando todos creian que siendo tan amigo y partidario del rey Católico habia de proponer su vuelta, demostró que era un absurdo pensar en semejante cosa, y por lo tanto que se adheria y aprobaba el dictámen del conde de Benavente. Este discurso fué pronunciado por el arzobispo con tal calor, con tal fuerza de conviccion, que la grandeza quedó atónita, y los amigos del rey Católico enteramente reconciliados con Ximenez, á quien al principio miraban como enemigo.

Pero decidida esta cuestion aun no estaba hecho todo, era necesario designar una persona que se encargase del gobierno de estos reinos, y las miradas y los votos de todos se fijaron en el arzobispo, que por unanimidad fué aclamado regente del reino, dándole como asociados, al condestable, y al duque de Nájera. La junta se habia concluido despues de media noche, y á la mañana siguién-

te Ximenez se encontraba ya al lado de la reina consolándola, dando las disposiciones para el funeral del rey, y disponiendo las habitaciones que habia de ocupar, mientras que sus adjuntos Velasco y Manrique prohibian el uso de armas, y tomaban otras disposiciones gubernativas para asegurar la tranquilidad.

Reunió al día siguiente un consejo lo mas numeroso posible, y en que se hallaban no solo los del consejo real, sino toda la nobleza, todos los altos funcionarios y empleados de la corte, y antes de que el arzobispo tomara la palabra, el condestable dijo: *No procederé á hacer nada, sin que el duque de Nájera, con quien tengo particulares resentimientos, no me dé antes una satisfaccion cumplida, como se la exijo segun las leyes de España.* Este guante tan temerariamente arrojado en medio de aquella asamblea, y en tan críticas circunstancias fué recogido con indignacion por Manrique, ambos se acalararon, ambos traspasaron los límites del decoro debido á su alto rango, la asamblea comenzaba ya á tomar parte en la reyerta, cuando Ximenez imponiendo silencio con energia exclamo: *Señores, aun no está enterrado el rey, aun humean sus regias cenizas, y vosotros que conmigo debais mirar por el bien y la tranquilidad de la nacion, huérfana en este momento, sois los primeros á arrojar esa tea de discordia? El duque de Medina Sidonia conmuve ya el Andalucía y sitia á Gibraltar. En otras partes se levantan otras poderosas ambiciones. ¿A dónde pues nos conducirá esto? Solo un remedio hallo, que con vuestro voto y la autorizacion de la reina se nombre una sola persona, que reasuma todo el poder, y se haga obedecer y respetar.*

En un momento de silencio que siguió á estas palabras, la asamblea meditó sobre la exactitud de la idea que ellas envolvian. Era imposible designar á alguno de la nobleza, no solo por que estaba profundamente dividida y enconada, sino porque los demas se hubieran resentido. Era, pues, necesario buscar un hombre independiente, sabio y de carácter, y estas circunstancias solo se encontraban en Ximenez. La reunion le aclamó único gobernador del reino, y nadie se atrevió á oponerse. *Demasiada carga,* (dijo el arzobispo) *es la que imponeis á mis muchos años, pero la acepto por el bien de la república y el vuestro. Una cosa os advierto, que no me pidais nada injusto, ni tratéis de arrancarlo por la fuerza; la violencia la castigaré gravemente. En vuestra mano está aun, que yo entre á ejercer tanto poder, ó no; pero una vez que lo haya tomado, nadie será libre para oponerse á mis disposiciones. Ahora renuncio en favor del fisco los mil escudos anuales que me asignabais como regente.* A pesar de manifestar tanta energia, todos le prestaron la obediencia, y Ximenez comenzó á ocuparse del bien de la nacion que le estaba encomendada.

Como el objeto del arzobispo era entregar el mando al rey Católico, luego que se presentase en España, reservadamente, y sin que nadie mas que su secretario Valledo lo supiese, le informaba menudamente de todo, instándole para que viniese cuanto antes. Además conociendo que muchos se arrepentirian muy pronto de haberle conferido el supremo mando, ó que fiados en su poder y prestigio se querrian burlar de su autoridad, se previno con tiempo nombrando una guardia de distincion para el palacio de la reina, que al mismo tiempo servia para su resguardo. Mandó hacer en Vizcaya mil corazas, dos mil lanzas, y cincuenta cañones, armó algunos tercios, y puso á su frente personas de su confianza.

Los enemigos del nuevo regente, los que no veian en el mas que un fraile que de todo entendia menos de gobernar, se reian de estas disposiciones y las creian hechas á la ventura, ó las juzgaban de todo punto inútiles en caso que hubiese algun levantamiento, pero bien pronto se convencieron de lo contrario. Luego que tuvo asegurada la fuerza, separó del consejo real á todos los que

el rey Felipe habia nombrado por la intriga y soborno y volvió á colocar en su lugar á los antiguos amigos de don Fernando. Muchos de la nobleza con menosprecio de su autoridad se levantaron y alborotaron sus provincias en diversas ocasiones y por varios motivos, pero el nuevo gobernador á unos con amenazas, á otros con razones, y á algunos con castigos ejemplares, los contuvo en su deber, y el reino se mantuvo tranquilo y feliz hasta la venida del rey Católico.

Su vuelta á España se verificó el 15 de agosto de 1507 y el rey Católico, para manifestar á Ximenez lo agradecido que estaba á sus servicios le trajo un capelo de cardenal, que habia alcanzado del papa Julio II. La solemnidad de la recepcion del capelo se celebró en una pequeña aldea llamada Mahamun, por dar gusto á doña Juana, que no queria se celebrase regocijo alguno en donde ella estaba. Apesar de esto acudió el rey con muchos de su nobleza y toda la corte, y el nuncio apostólico Juan Rufo leyó la bula fecha en San Pedro á 17 de mayo de 1507, y le confirió la dignidad cardenalicia con el título de Santa Sabina. A esta nueva dignidad, quiso aun el rey añadir la de inquisidor general, de modo que nada quedaba á Ximenez que ambicionar mas que la tiara pontificia.

Encargado don Fernando del gobierno á nombre de su hija, el cardenal continuó aun en su compañía hasta fin de agosto del año siguiente 1508, en que volvió á Alcalá para dedicarse al arreglo interior de la Academia Complutense, cuya primera apertura se habia verificado el 26 de julio de aquel mismo año.

Pero aquella alma de fuego, no podia dejarse de ocupar de alguna empresa grande. Hacia muchos años que habia comenzado con buen éxito la expedicion á la costa de Africa, que en cincuenta dias se hizo dueña de Mazarguir, y que las ocurrencias politicas le habian hecho suspender. Ahora volvió á empeñar al rey para que le permitiese ir á él en persona á la conquista de Oran, obligándose hacer todos los gastos. Los grandes, émulos ya de la fortuna del cardenal, se opusieron fuertemente, dando interpretaciones poco favorables á los intentos de aquel hombre, que solo se proponia el engrandecimiento de su patria, pero el rey declaró en un consejo público que aquella era su voluntad, y mandó disponer la expedicion como si el mismo en persona hubiera de mandarla. Ximenez apresuró los preparativos, y ya no faltaba mas que la órden de embarque, cuando el rey, inducido por los enemigos del cardenal, mandó suspender la expedicion. Las razones que para esto alegaban eran principalmente que traería fatales consecuencias poner al frente de expedicion tan grande á un fraile, que jamás habia visto un campamento, ni habia conocido mas que el retiro del claustro. Hasta el mismo Pedro Navarro, nombrado general de las tropas, se puso en contra de la expedicion; cada día ocurría una nueva dificultad, adivinaban un nuevo peligro, y entre tanto los enormes preparativos, los grandes acopios de viveres, y el muchísimo dinero que Ximenez habia reunido con este objeto, se consumian inútilmente.

Mas no era el hombre que retrocedía á vista de las dificultades, ni se apuraba por los peligros. Se quejó amargamente al rey de que le hubiese comprometido á una empresa que no habia de llevarse á cabo, y á unos gastos tan inmensos como inútiles; y no paró, hasta que obtuvo definitivamente la órden para salir en la primavera del año 1509. Dió órden para que todos estuviesen reunidos en Cartagena para el 15 de abril, y él, despues, de despedirse del cabildo de Toledo, y de tomar las disposiciones necesarias para el gobierno del arzobispado durante su ausencia, el día de Ceniza, á fines de febrero, salió para Cartagena acompañado de sus familiares, todos ricamente armados de batalla, y acompañados como de unos ochenta hombres de armas.

Llegó á Cartagena donde ya todo estaba dispuesto, cuando al mismo tiempo de embarcarse, estalló una rebelion de los soldados, que comenzaron á gritar desaforadamente: *Paga, paga, que rico es el fraile*. Costó bastante trabajo el apaciguarlos, porque habian pasado á las vias de hecho hiriendo gravemente al maestre de campo Vianello que habia querido reducirlos á su deber usando de la fuerza. Mas la prudencia del cardenal logró apaciguarlos, y por fin salió la expedicion compuesta de

ochenta naves y diez galeras reales, con diez mil infantes y cuatro mil caballos de desembarco, y además las tripulaciones y bagajes correspondientes.

A los dos dias llegaron á la costa de Africa, y desembarcaron en el puerto de Mazarquivir sin la menor novedad, y el afortunado cardenal, pudo con razon repetir lo de César, «llegue, vi y vencí,» pues como por una especie de milagro, antes de las veinte y cuatro horas de haber llegado, Oran estaba en su poder. Ximenez al dia siguiente



ASALTO Y TOMA DE ORAN POR EL CARDENAL CISNEROS.

te del asalto, entró triunfante en la ciudad, acompañado de todos los oficiales y soldados, que le victoreaban con entusiasmo. El venerable prelado profundamente conmovido y derramando lágrimas de ternura, repetía aquel versículo de David: *Non nobis, domine, Don nobis, sed nomini tuo da gloriam. No á mí, Señor, no á mí, sino á vuestro nombre se debe dar la gloria*.

En el entusiasmo de la victoria, ocupado con los deberes de general, no olvidó los de obispo. Consagró las

mezquitas en iglesias, estableció un hospital, fundó conventos, instituyó aniversarios, socorrió á los vencidos y cuidó de la pureza de la fé, como lo hubiera podido hacer en la mayor calma. No tomó para sí nada de los despojos; solo separó algunas cosas, ó para enviarlas al rey ó para uso del ejército, las demas las repartió entre los soldados.

Esta última determinacion, la llevó muy á mal Pedro Navarro, que habia contado con sacar de él una parte

considerable, á lo cual se unia su orgullo, quepreciado de general conocedor y valiente (lo era en efecto) decia que no queria estar sujeto á un fraile. Sin embargo este fraile valia mas que él, y conociendo la falsa posición en que se encontraba teniendo al general por enemigo, no quiso seguir la victoria, de la cual hubiera sacado muy gloriosas ventajas, como él mismo lo manifestó á los diputados de la Academia.—*Si yo hubiera tenido (les dijo) un ejército fiel, no solo Oran, sino toda el Africa hubiera sujetado con este cuerpo descarnado y débil.*

Solo cuando volvía á España vencedor, cuando acababa de sujetar una plaza tan importante, cuando á sus timbres gloriosos añadía el laurel de la victoria, fué cuando se vió titubear su fortuna. «Entonces (dice Sandoval) tuvo algunos desabrimientos con el rey Católico, sospechosos siempre el fraile de que no le hacia merced; y la ocasión que para esto hubo, fué, que quisiera el rey que el cardenal dejara el arzobispado de Toledo para don Juan de Aragon, su hijo bastardo, y que tomara en recompensa el de Zaragoza, mas el bueno del fraile halló ser mejor el de Toledo, que la gracia de un rey viejo y codicioso.» Este juicio nos parece poco imparcial é injusto, porque aun cuando este hubiera sido el motivo, el cardenal queriendo continuar en su arzobispado cumplía con su deber y con su honor. Ademas de que no es probable, que el rey Católico, despues de tantos años volviese á insistir en querer para su hijo bastardo una dignidad, que no habia podido alcanzarle viviendo su esposa doña Isabel. El verdadero motivo del desabrimiento fué la ambición de Fernando, estimulada por los envidiosos enemigos de Ximenez, como lo acreditan los hechos.

El rey Católico queria que Oran se incorporase á la corona y fuese de su jurisdiccion, pero no queria abonar al cardenal ninguno de los gastos de la expedicion. Este por el contrario decia que se le abonasen los gastos, ó se le diese la posesion de Oran, y en este último caso, renunciaba á los gastos hechos. Ademas Fernando no contento con lo que del botin le habia separado el cardenal, envió á Alcalá un ejecutor régio que embargase todas las alhajas de Ximenez, y ademas recogiese de todos los pueblos del arzobispado donde hubiese soldados de la expedicion, los efectos que se hubiesen tomado en Oran. Los turbantes, los vestidos y cortinages moros, los adornos de las moras, las fajas de los numidas, y todo cuanto los soldados habian traído de la presa, fué reunido en un solo punto para que el rey tomase el quinto. Se le exigió ademas á Ximenez que presentase las cuentas de la expedicion, que le fueron censuradas con la mezquindad y escrupulosidad de un avaro. Por fin, aunque á costa de infinitos disgustos, la justicia del cardenal triunfó y los gastos le fueron abonados. El digno y generoso prelado, tomó entonces una venganza digna de su gran corazon, que fué dar al rey las mas expresivas gracias por lo que le habia abonado, y ofrecerle de nuevo todo cuanto tenia siempre que el rey lo necesitase.

Aprovechó Ximenez esta ocasion para retirarse de los negocios publicos, y atender á su descanso y salud. Pero el rey que muy pronto se convenció de lo mal que habia procedido con él, le escribia con frecuencia, y cuando en setiembre de 1510 fué á las cortes de Aragon, llamó á Madrid al cardenal, y le dejó por gobernador del reino durante su ausencia. Cuando en 1511 hizo su viaje á Sevilla, obligó á Ximenez á que le acompañase, porque conocia la utilidad de su prudencia y consejos. En 1512, ocupado Fernando en el grave negocio de contener al rey de Francia, y fortalecer la autoridad del papa Julio II, no se hallaba sin los consejos del cardenal, y aunque este se excusó, aunque el dolor cólico que padecia con frecuencia le impedia ponerse en camino, al fin tuvo que acceder á los repetidos mandatos del rey, y pasar á Burgos; y en aquel mismo año por comision del Sumo Pontífice, y con

autoridad apostólica, acompañó al rey á Navarra para tomar posesion de aquel reino.

A pesar de tantas muestras de deferencia, sin embargo de que en todos los apuros se apelaba á él, como persona cuyo consejo llevaba siempre el sello de la experiencia y buena fé, sin embargo el cardenal buscaba todas las ocasiones de retirarse, aprovechando entonces el tiempo en perfeccionar la Academia y demas obras que habia comenzado. El año 1514, y la mayor parte del siguiente lo pasó tan separado y retraido de los negocios publicos, que los del consejo supremo y aun el mismo rey le escribian quejándose de que se hubiese tan absolutamente separado de los asuntos políticos, precisamente cuando la quebrantada salud de Fernando necesitaba mas de su auxilio y apoyo. Mas Ximenez que comprendia lo penoso que era seguir á un monarca, que por su enfermedad en ninguna parte se hallaba bien, y que preveía ya lo que habia de suceder, se hacia el sordo á todas las insinuaciones, y continuaba en Alcalá.

Pero fueron tantas las instancias del rey, que á fin de agosto pasó á Aranda de Duero, y le acompañó á Segovia y otros puntos, hasta que determinó, (contra la opinion de todos) pasar á Aragon. El cardenal aprovechó esta circunstancia para separarse, porque todos sus esfuerzos se dirigian á no encontrarse al lado de Fernando cuando muriese, para si le dejaba por gobernador, no se creyese que habia sido intriga suya. Sus miras se lograron completamente; el rey vagando de un lugar á otro fué á Madrigalejo, donde se agravó notablemente, y el 23 de enero de 1516, murió en un miserable meson aquel monarca tan célebre, tres dias despues de la llegada de su esposa la reina Germana, que volvía de las cortes de Aragon.

V.

No se habia engañado en sus cálculos Ximenez; Fernando el Católico le habia nombrado en su testamento gobernador del reino hasta que don Carlos cumpliera la edad competente. Al momento que recibió en Alcalá la noticia, se puso en camino para Guadalupe, donde se hallaban el infante don Fernando y el dean de Lovaina. Este presentó una orden de don Carlos, por la cual le nombraba gobernador del reino, caso que don Fernando falleciese; pero Ximenez se negó á darla cumplimiento por las razones siguientes: porque segun el testamento de doña Isabel, don Carlos no podia comenzar á mandar hasta tener veinte años, y ninguna de sus órdenes antes de esta edad podian tener fuerza: ademas el rey Fernando estaba encargado del gobierno, y su testamento debia obedecerse: por fin las leyes del reino prohibian que lo gobernase ningun extranjero, y encontrándose Adriano en este caso su gobernacion no podia admitirse. Tan convincentes razones no podian menos de hacer fuerza á Adriano, pero por otra parte tenia que cumplir las órdenes de don Carlos, y como ambos conocieron esta posicion embarazosa, y calcularon las fatales consecuencias que podrian seguirse á la nacion de un rompimiento entre ellos, se convinieron á mandar juntos hasta consultar la voluntad de don Carlos.

Desde luego trajo á su lado al principe don Fernando, para estar á la mira de lo que pudiese intentarse respecto de su persona, y fijó su residencia en Madrid, donde alzó pendones y mandó proclamar á Carlos. Los nobles, que recordaban aun la energia del cardenal y el rigor con que los habia tratado durante su primera regencia, no podian avenirse con tenerle otra vez por gobernador, y andaban fraguando mil planes, y buscando motivos para derribarle. Resolvieron por fin enviarle una comision que en nombre de la nobleza le obligase á presentar los poderes que tuviese del nuevo rey para ejercer el supremo mando. Ximenez que sabia sus intenciones y objeto, los

recibió con afabilidad y distinción, y los citó para el día siguiente. Para entonces lo tuvo todo prevenido, y cuando los comisionados le exigieron que presentase los poderes, los llevó á donde pudiesen ver dos mil hombres perfectamente armados é instruidos, muchas piezas de artillería, que hizo maniobrar y disparar en su presencia, y luego les mostró una enorme cantidad de dinero que tenía reunido diciéndoles: *Decid á la nobleza, que estos son los poderes que tengo de Carlos, vosotros podeis juzgar si son bastantes.* Aunque este desafío fue suficiente por entonces para amedrentar y contener á los nobles, el sabio anciano bien conocia lo falso de su posicion, y envió al momento á Diego Lopez de Ayala, para que alcanzase de Carlos el mas amplio poder posible.

Ademas para tener una fuerza respetable que oponer á la fuerza de los nobles, caso que apelasen á ella, discurrió la creacion de una milicia popular, institucion que despues de tres siglos habia de resucitarse como sosten de la libertad y de los gobiernos representativos. Se recibió al principio con tanta aceptacion, que en muy corto tiempo se alistaron y armaron mas de treinta mil hombres, que se instruian, reglamentaban, y hacian sus ejercicios. Quiso una tarde el mismo cardenal pasar revista á los nuevos milicianos, y al efecto salió por Puerta de Moros acompañado del duque de Escalona. Al divisarle los milicianos le saludaron con una salva, y acercándose el duque le dijo con cierto aire de ironia: *Cuidado, señor, que este humo, y este ruido á que no estais acostumbrado os puede hacer mal.* El cardenal se volvió á él sonriéndose, y le contestó: *No tengais miedo, duque, que este humo y esta nube de azufre es para mi mas apacible y grata que los perfumes de Arabia.*

Sin embargo, los enemigos de Ximenez, y los nobles, que comprendieron perfectamente el objeto de aquella nueva institucion, comenzaron á darle tan siniestras interpretaciones, la desacreditaron en términos, que Leon, Burgos, Salamanca, Medina del Campo, Arévalo, Madrid, Olmedo, y señaladamente Valladolid, se levantaron contra esta nueva forma de milicia. Los pueblos no habian podido comprender su utilidad, y obraban engañados por la nobleza. Poco despues, cuando á consecuencia de la desgraciada batalla de Villalar, vieron cercenar poco á poco su libertad, y pisotear sus venerandos fueros, conocieron, aunque tarde, cuanto les habria cumplido secundar aquella institucion. Apesar de esto, como el resto de España obedecia, el cardenal llevó adelante su proyecto, y obtuvo de don Carlos una autorizacion para hacer obedecer á los pueblos sublevados.

Bien habia comprendido el cardenal el estado de la nacion, cuyo gobierno pesaba sobre sus hombros ya abrumados por los años; contenia en si elementos de discordia muy fuertes y funestos, y en lo exterior no faltaban motivos para temer. Los nobles ambiciosos y turbulentos comprometian á cada paso la tranquilidad pública, levantando tumultos en varias partes. Los franceses, siempre enemigos de nuestro engrandecimiento, favorecian las pretensiones de Enrique de Labrit, que al frente de un ejército francés, invadió el reino de Navarra por el valle de Roncal, y estuvo en muy poco que no se perdiese por las disensiones suscitadas entre el condestable de Castilla y el duque de Nájera, nombrado para defensa de aquel reino. Se añadia á esto el descontento que comenzaba á cundir en los pueblos, por la mucha estraccion de dinero para Flandes, y por la mucha influencia de los extranjeros; y comenzaban algunos á dirigir sus miras sobre el infante don Fernando, que aunque niño, no desechaba del todo los rumores que corrian. El entendido cardenal á todo puso remedio, los nobles fueron contenidos en su deber, Enrique de Labrit, fué completamente roto por la pericia militar del capitán Villalba, y sobre el infante, á quien jamás separó de su lado,

ejercia una vigilancia discreta, pero bastante á evitar cualquiera innovacion.

Aun cuando Adriano era gobernador, al mismo tiempo, Ximenez le daba tan poca parte en los asuntos gubernativos, que podia decirse que en nada influia. Verdad es que el carácter duro y resuelto del cardenal, no sufría tampoco que nadie se le sobrepusiese ni aun igualase. De esto dió una prueba evidente cuando en 1517, vino de Bélgica un tal Laxao para unirse á los dos gobernadores. Creyeron los enemigos de Ximenez que los dos extranjeros unidos podrian hacerle frente, y sin duda por instigacion suya, Adriano y Laxao firmaron unas órdenes que habian de publicarse, dejando al cardenal el último lugar. Cuando este lo vió, rasgó las órdenes en presencia del notario Juan de Vergara, le mandó entender otras, que se publicaron con solo la firma del cardenal. A esto añadió el no hacer caso del dictamen de los belgas en los asuntos gubernativos, lo cual exasperó mucho su odio, pero no se atrevieron á decir ni una sola palabra.

En consecuencia habiendo ellos perdido toda su fuerza moral, aconsejaron á don Carlos que enviase por gobernador á España un hombre de autoridad y prestigio que le conservase estos reinos. Unos se inclinaban por el emperador Maximiliano; otros por el conde Palatino; algunos querian se nombrase al infante don Fernando; y no pocos designaban al gran canciller Selvagio. Supo Ximenez estas negociaciones, y escribió á don Carlos una carta reverente pero enérgica, en la cual entre otras cosas le decia; que podia mandar otro regente cuando le pareciera, porque él se retiraria con gusto á su iglesia de Toledo, y desde allí, como desde un puerto seguro, presenciaria la terrible borrasca que ya comenzaba á presentarse. Pero que si esto no se hacia muy pronto, convenia, ó que viniese él mismo, ó le dejase espedito de sus compañeros en la gobernacion, que á él solo pertenecia, tanto por no tener él la edad para nombrar otros, como por el testamento de sus abuelos. Un lenguaje tan enérgico, que los aduladores de Carlos graduaban de insolente y atrevido, aterró á los enemigos de Ximenez, y los convenció, de que mientras don Carlos no viniese á España, era imposible poder con un hombre de tanto temple y carácter.

Desde entonces procedió con mas libertad y energía en sus determinaciones, pero no le faltaban sentimientos, porque muchas de las cosas que disponia, ó se cambiaban ó se hacian al revés por los allegados á don Carlos, y estos desaires los sentia en extremo. En este último periodo de su gobernacion manifestó un deseo vehementísimo de aumentar el real tesoro, y lo llevó tan al extremo, que en algunos casos pareció como una aberracion de su cabeza privilegiada, faltando en cierto modo hasta á la justicia. A pretexto de que entonces eran inútiles, quitó todos los sueldos que se pagaban á los empleados en los destinos de palacio; hizo mil economías de todas clases; volvió á unir á la corona muchos de los donativos que habian pasado á manos de particulares; mudó algunos individuos del consejo supremo; hizo arreglos económicos en las órdenes militares, y en fin lo llevó tan al extremo, que hasta á los cronistas les quitó el sueldo. Esta es sin duda la causa porque Pedro Martin, y Gonzalo de Oviedo, que hasta entonces habian sido sus mas entusiastas encomiadores, luego le tratasen con tanta dureza.

En verdad que un hombre tan desinteresado, tan virtuoso y amante de la justicia no es fácil adivinar la razon para obrar de un modo tan mezquino, porque nos parece subterfugio, y hasta una frivolidad la causa que él mismo daba á este proceder, que era conseguir que don Carlos cuando viniese, devolviéndoles lo que les quitaba se hiciese mas de querer, mas bien juzgo que lo haria con el objeto de dejarle estos grandes recursos conque comenzase á

gobernar; ó para tenerle contento ó estar prevenido para poder contener cualquiera alboroto que se intentase. Pero lo cierto es que se puso en ridículo altamente, y que sus enemigos se aumentaron mucho, y que el vulgo hizo con este motivo mil versiones malignas. ¡Pero quién hay libre de defectos! ¡Qué hombre no ha caído en algun error!

Pero en cambio de esto luchaba él solo contra tantos elementos disolventes, contra tantas semillas de revolución, y su mano sola se oponía como un dique de bronce á las pasiones que por todas partes se desbordaban. Ya por este tiempo se habían quitado la máscara los flamencos, llamando á los españoles *sus indios*, y comenzando aquel horroroso saqueo que despues fué una de las causas, que encendieron la guerra civil, de las comunidades. Los destinos civiles, y las dignidades eclesiásticas se vendían con el mayor descaro. Los pueblos cansados de tanta inmundicia, y de tan largo sufrimiento, estaban amenazando una terrible sacudida. Ni las amonestaciones del anciano gobernador, ni la sentida y enérgica esposición que este y el consejo supremo enviaron al rey, ni lo cierto de los males que amenazaban á esta nación, hicieron efecto en un monarca, que aunque de buenos sentimientos, estaba entregado á los que le habían manejado desde su niñez, y ni veía ni oía mas que lo que ellos querían decirle.

Los pueblos pues, viendo que nada adelantaban, pidieron al cardenal que les permitiese reunirse en cortes, para mirar por su patria y por sus leyes. El gobernador, cuyo principal interés consistía en entregar á don Carlos la nación tranquila, fué conteniendo á los pueblos, y por fin convocó las cortes para el mes de setiembre, avisando al mismo tiempo al rey para que se esforzase á venir antes que se reuniesen, porque sola su presencia podría contenerlas, y hacerlas algun tanto mas moderadas.

Carlos por fin resolvió venir á España, y Ximenez, hizo aprestar una escuadra, cuyo mando dió á Gomez Buitron, y tomó todas las medidas conducentes para que en los puertos del Océano, á donde podía aportar, hubiese abundancia de viveres. El mismo por estar mas cerca, y poder acudir con mas presteza, levantó la corte de Madrid y se dirigió á Aranda de Duero, llevando en su compañía al infante don Fernando y á los dos vireyes. Quiso al paso visitar su patria, y lo verificó permaneciendo en Torrelaguna hasta el 9 de agosto. Al día siguiente llegó á Boceguillas, donde es fama comun que le envenenaron en una trucha de que comió. Se citan como pruebas de su envenenamiento, que el padre Marquina que acompañado de otros religiosos franciscanos iba á alcanzar á Ximenez, encontró en el camino un hombre á caballo, que se dirigía á Madrid, y que llevaba el rostro muy vendado para no ser conocido. Al emparejar con ellos les dijo: *Padres, sivan á ver al cardenal dense prisa á ver si pueden llegar antes que coma, y díganle, que no pruebe de una gran trucha que le presentarán, por que contiene un veneno lento pero muy eficaz; y si llegan despues de comer, que disponga su alma, pues es muy probable que no pueda resistir la fuerza del veneno*, y sin aguardar á mas reflexiones, metió espuelas al caballo, y desapareció. Apresuraron los religiosos su marcha, pero inútilmente: cuando llegaron ya habia comido el cardenal. El padre Marquina lleno de susto le contó lo acaecido en el camino, pero Ximenez le contestó: *Padres, si algo de esto hay, antes de ahora estoy envenenado, porque en Madrid recibí unas cartas de Bélgica, y me pareció que me entraba el veneno por los ojos, y desde entonces comencé á enfermar de un modo notable*.

También dió la casualidad que Francisco Carrillo que le servía en Boceguillas probó la trucha, y se puso luego muy malo. Lo cierto es que desde aquella comida el cardenal comenzó á sentirse peor que de costumbre, y pocos dias despues arrojaba materias por los oídos y por entre las uñas. El mismo decía muchas veces á sus médicos: *Yo muero por la perfidia de los traidores*.

Aun cuando el envenenamiento se ha dicho de la mayor parte de las personas que han ocupado como Ximenez, un lugar elevado en la sociedad, sin embargo nada tiene de extraño que los flamencos temiesen su energía é integridad, unidas á la autoridad que le daban sus años, sus talentos, y su larga esperiencia en los negocios, y procurasen evitar á toda costa, que el cardenal llegase á tener una entrevista con el rey, en la cual era muy posible, que sus inicuos planes quedasen destruidos, y arrancada la máscara de amantes de Carlos con que se cubrían. Pero bien sea el veneno, bien los muchos años, trabajos y disgustos del cardenal, su salud iba deteriorándose por momentos, y las fuerzas del cuerpo le abandonaban, aunque aquel espíritu indomable conservaba toda su energía y vigor.

Retirado en el convento de Aguilera cerca de Aranda parecia ya enteramente muerto á todos los negocios políticos, pero aun don Pedro Giron en Andalucía, los moros en Africa, y el mismo infante don Fernando en la corte, tuvieron ocasion de conocer, que aunque demacrado y muy enfermo era el mismo. Un pliego abierto indiscretamente por Adriano, dió á conocer que el rey mandaba á Ximenez que se separase á todos los que cuidaban del infante don Fernando. Este se fué al gobernador y le suplicó que lo suspendiese. Ximenez, una y repetidas veces le contestó con blandura, que no le era posible desobedecer los mandatos de su hermano, lo cual irritó de tal modo al infante, que le dijo: *Bien, cumple tú el mandato de mi hermano, que yo veré el modo de librar á los míos*. El cardenal entonces dando libertad á su carácter le contestó: *Haced lo que queráis, don Fernando, mas yo os juro por la vida de vuestro hermano, que aunque la España entera se empeñase en impedirlo, no lograria que mañana antes de ponerse el sol no esté ejecutado lo que el rey manda*. El infante al ver tanto carácter en el gobernador, se moderó, y volvió á Aranda, donde ya estaban tomadas todas las medidas, y las tropas apostadas para que ni la tranquilidad pública se alterase, ni el infante pudiese ser trasladado á otra parte ni de grado ni por fuerza.

A la noticia de la llegada de don Carlos á las costas de Asturias, Ximenez se alegró tanto, que hasta se sintió mas fuerte, en términos que habiendo desembarcado el rey el 26 de setiembre, el 4 de octubre pudo el cardenal decir misa, y comer con los frailes en el refectorio, y así se le escribió al rey, que se alegró mucho, y encargó muy particularmente á Fr. Francisco Ruiz, ya entonces obispo de Avila, que lo cuidase mucho. No pensaban del mismo modo los flamencos, que puestos de acuerdo con los médicos Parra y Yanguas, por quienes recibían diariamente noticias de la salud del cardenal, contaban hasta los minutos de la vida de aquel anciano, que tanto miedo les causaba el que se avistase una sola vez con el rey.

Para acivrar los últimos dias de su existencia le proporcionaban continuamente disgustos y desaires, que causaban fuertes sacudimientos en aquel carácter tan duro, y con el cual ya no estaban en proporcion las fuerzas físicas. Tampoco les faltaban españoles que se prestasen á ser instrumentos de sus malvados designios, y que parecían complacerse en abreviar los dias, del mejor de sus compatriotas. Ximenez, sin embargo, hacia frente á todos sin ceder un punto, pero su enfermedad crecía por momentos, las fuerzas le abandonaban, y los frios, que comenzaban á ser bastante intensos, le obligaron á trasladarse á Roa.

Viendo que prolongaba su existencia mas de lo que habían calculado, y quisieran sus enemigos, persuadieron á don Carlos que le escribiese una carta en que le decía: *Que marchaba directamente á Tordesillas á ver á su madre la reina; que procurase encontrarle en Mojados, aldea de Segovia, donde tomara su consejo para arreglar sus cosas, y despues de entregarle el gobierno po-*

«dria retirarse á su iglesia, á procurar su descanso. Que bastantes molestias habia tomado por la nacion, y que el premio de ellas, solo debia esperar de Dios, puesto que ningun mortal podria recompensárselas dignamente. Que él, mientras viviese, teniendo presentes sus méritos anteriores, le respetaria como á padre.» Generalmente se ha creido que esta carta fué el golpe último que acabó con la vida del cardenal, y en efecto, en aquellas circunstancias era muy bastante para producir tan terrible efecto; pero el obispo de Avila, que no se separó del lado de Ximenez, decia escribiendo á Lopez de Ayala, que la citada carta, habiendo llegado cuando ya el cardenal estaba muy enfermo, no habia sido leida por él, sino enviada al Consejo real.

En efecto, cuando llegó la carta llevaba ya diez y ocho horas de un acceso fortísimo de calentura, y los médicos habian anunciado, que si le continuaba, no pasaria de las veinte y cuatro. Ya de antemano habia dispuesto su testamento y codicilos, de los cuales se conserva una copia en la biblioteca del Escorial; y habia con mucha devocion recibido los santos sacramentos. Entonces conociendo que se acercaba su último momento, conservándose firme aquella cabeza privilegiada, espeditos sus sentidos, y con una tranquilidad que admiró á sus familiares, les habló breve pero enérgicamente de la inmensidad de la misericordia divina. Pidió y recibió la Estremauncion, y estrechando entre sus manos un crucifijo, despues de haber invocado en su auxilio á la santísima Virgen y á los santos de su devocion, repitiendo con fervor aquellas palabras de David: *In te, Domine, speravi... entí, Señor, he confiado*, espiró tranquilamente el domingo 8 de diciembre de 1517, á los veinte y dos años de su pontificado y cerca de los ochenta de edad.

Su cuerpo fué embalsamado, y despues adornado con las insignias de su dignidad, le colocaron primero en una silla, y luego en un magnifico lecho, puesto bajo un riquísimo dosel. Entretanto un pregonero anunció por las

calles de Roa su muerte, y una indulgencia á los que fuesen á besar su mano. Despues fué trasladado á Alcalá, segun ordenaba su testamento, y el 15 de noviembre de 1518, fué colocado en el sepulcro que se le habia preparado, hecho de blanquísimo mármol de Toscana, y primordialmente trabajado.

Este hombre insigne fué de alta estatura, nervioso y fuerte; su cara larga y descarnada, frente ancha y sin ninguna arruga; ojos medianamente grandes, algun tanto hundidos y siempre húmedos como si acabase de llorar; pero su mirada era aguda y penetrante; nariz larga y encostrada, y las ventanas de ella anchas y rasgadas; los labios gruesos y entreabiertos por tener el de arriba un poco levantado, pero sin deformidad; los dientes muy iguales y unidos, aunque los colmillos muy levantados, por cuya circunstancia sus enemigos le llamaban el elefante; y las orejas por su parte inferior pegadas á las mejillas. La parte superior de su cuerpo era algo mas larga en proporcion que la inferior, y su cráneo, cuando en 1545, se reparó la bóveda donde estaba enterrado, se vió que no tenia sutura ninguna.

Su andar fué siempre mesurado, y tenia naturalmente un aire de respetuosa gravedad que imponia, su voz era firme y varonil, sus costumbres austeras, parco en el comer, y muy poco risueño. Su amor á la soledad y al estudio le grangearon el aprecio del cardenal Mendoza, por cuyo medio llegó á ser confesor de la reina católica doña Isabel. Esta que conoció su virtud, su entereza y desinterés, le elevó hasta la silla primada de Toledo. Al lado de aquellos grandes monarcas aprendió la ciencia de gobierno, y en tres veces que fué regente en España, supo mantenerla en paz, contener las demasias de los grandes, y conservar intacto el territorio que se le habia encomendado. Los que le conocieron le respetaron ó le temieron, la posteridad pronunciará siempre con veneracion, y España recordará con orgullo el nombre de don Fr. Francisco Ximenez de Cisneros.

J. QUEVEDO.

GLORIAS DE ESPAÑA.

LOS MORISCOS DE LA ALPUJARRA.

I.



Por uno de los estrechos y sinuosos senderos, que elevándose progresivamente conducen á las peladas y áridas cimas de las Alpujarras, se dirigen dos personajes embozados en sus alquiceles moriscos, al caer de la tarde de un día del año de 1568. Ya estaban en completa oscuridad los profundos valles y las poblaciones que en ellos se abrigan, cuando todavía se disfrutaba la luz del crepúsculo en lo alto de las montañas; sin embargo, los dos caminantes, sin perder la animada conversacion que llevaban, apretaban el paso, como si temieran les sorpren-

diese la noche en medio de aquellos intrincados desfiladeros.

—Prudente determinacion ha sido, decia uno de ellos, elegir esta noche para nuestra solemne reunion. Ved aquel monton de pardas nubes que se amontonan en el horizonte; en breve se estenderán y cubrirán la bóveda del cielo, y la luna no podrá descubrir el sitio de nuestra cita. Todo promete que esta será una noche tan oscura como favorable á nuestros intentos.

—¡Ojala! contestó el otro interlocutor, al parecer mas anciano, que de esta oscura noche provenga la aurora brillante de nuestra libertad!

—¿Y por qué no ha de ser así? replicó el otro: una sola cosa faltaba para realizar nuestros intentos, y era la consolidacion de nuestros esfuerzos, la union de nuestras tribus, antes rivales, y esta union ha de quedar afianzada esta misma noche.

—¿Y lo creéis así?... Por mi parte me temo que la ruina de nuestro imperio, que la pérdida de nuestra hermosa Granada, no hayan servido de escarmiento para extinguir esos odios hereditarios, que tan violentamente estallan en el pueblo musulman. Y me temo tambien, que sin este escarmiento lo que vamos á ejecutar no sea mas que una loca intentona que empeore nuestra situacion.

—¡Oh! no: llegó el día de la venganza, y pronto mudareis de opinión cuando seáis testigo de los heroicos sentimientos de los musulmanes que en este momento acuden como nosotros al punto de reunion.

Así era efectivamente, y si hubiera sido posible dominar á vista de pájaro los desfiladeros de la montaña, se hubiera visto una multitud de moriscos, que saliendo con precaucion de las poblaciones inmediatas, se encaminaban presurosos al sitio de la cita. Al llegar á cierto parage eran detenidos por una avanzada ó guardia de precaucion; pero en virtud de una seña particular que ya estaba convenida, eran llevados al sitio donde habian de reunirse los últimos gefes y representantes del poder musulman en la península.

Antes de dar cuenta de esta reunion, es indispensable conocer el motivo de ella, y cual era el estado del pais en aquella época. Algunos años hacia que el estandarte de la cruz tremolaba en las torres de Granada y que el dominio de los reyes de España se habia estendido por todo el territorio de los antiguos monarcas granadinos, pero en las elevadas cumbres de la Alpujarra, ni se habia consolidado enteramente este dominio, ni tampoco la religion católica habia hecho grandes progresos. Allí subsistia siempre vivo el espíritu de nacionalidad, el grato recuerdo de las costumbres, de las libertades y de la opulencia del antiguo reino, y por lo mismo subsistia vigente un foco de insurreccion contra los reyes cristianos, considerados como unos usurpadores. Apesar de todo, se hubiera reprimido el indomable carácter de los montañeses, y la fermentacion no hubiera llegado á estallar en rebelion consumada, si el gobierno español no la hubiera precipitado con su imprudente conducta.

Con el deseo de estrechar mas la union entre dos pueblos tan diversos, se adoptaron algunas medidas violentas, que lejos de producir el efecto apetecido, causaron á los moriscos la mayor agitacion. En todas las poblaciones de la Alpujarra reinaba el descontento, y no era difícil pronosticar una lucha temible. Cuando por último se supieron algunas tropelías, que de ningún modo estaban autorizadas en los pactos bajo los que aquellos pueblos vivian, ya fué general el ánimo de resistir al gobierno establecido. Los moros, naturalmente veleidosos, entusiasmados con el recuerdo de sus antiguas instituciones y con la esperanza de restaurarlas, organizaban una resistencia que habia de ser terrible en las asperezas de unos sitios que tan bien conocidos tenian. Solo faltaba un gefe de prestigio capaz de organizar y dirigir á los sublevados, un gefe capaz de hacer frente á los veteranos generales españoles, á los generales de Felipe II. Precisamente entonces, que era la época de la convocacion, resonaba ya en todas las montañas de la Alpujarra el nombre de Aben-Humeya.

II.

Hay en lo mas intrincado de las Alpujarras una espaciosa caverna, obra maravillosa de la naturaleza y asilo impenetrable de los refugiados moriscos. Bajo sus altas bóvedas se verificaba su clandestina reunion, no siendo bastante aquel anchuroso recinto para contener á cuantos, llevados del entusiasmo patriótico, del amor á la novedad, y aun de resentimientos personales, acudian á tomar parte en la rebelion. Aquella numerosa asamblea, con sus variados y pintorescos trages, con sus tostados rostros cubiertos por blanquísimos turbantes, ofrecia un singular espectáculo que hacia aun mas fantástico el reflejo de varias lámparas oportunamente colocadas y cuya amarillenta luz se iba á perder en los oscuros senos de la caverna. Conservábase en su ignorado recinto uno de los antiguos estandartes musulmanes, y aquella sagrada insignia, salvada en la ruina de Boabdil y custodiada religiosamen-

te por los alfaquies y santones del pueblo moro, se ostentaba allí á vista de la asamblea, como para inflammarla con su aspecto y prestar nuevo vigor á los discursos de los fogosos musulmanes.

—Si, decia el animoso Aben Said, llegó el momento de manifestar al mundo cuáles son los sentimientos de nuestro corazon. ¿Quién de nosotros no ha sufrido las mayores injurias y vejaciones? ¿Quién no tiene enconadas ofensas que vengar? Pues bien, llegó la hora de la venganza, la hora en que vá á tremolar ese abatido pendon del islamismo, para que recordando á los musulmanes el mas santo de sus deberes, vengan á pelear á su sombra ó morir en la demanda.

Este discurso y otros semejantes producian grande entusiasmo en la parte jóven del auditorio; pero los ancianos, los que habian asistido á la caida de Boabdil, los que aun conservaban las hondas cicatrices de las espadas castellanas, lejos de tomar parte en el entusiasmo general, meditaban profundamente.

—Veo, exclamó uno de los gefes, que aun hay valientes que saldrán á buscar la muerte al campo de batalla, antes de esperar la que recibirán al fin en sus profanados hogares. ¡La patria puede reconquistarse! Maldicion á los cobardes que no levanten sus brazos para sacarla de una odiosa servidumbre.... Pero me parece que no arde en todos del mismo modo el fuego sacro del entusiasmo. Preciso es sin embargo que nos manifiesten su opinion; preciso saber si estamos todos bien decididos. Vos, respetable Abulcacim, por cuya boca nos da el Profeta sus respuestas, vos que leéis en las estrellas el destino que el cielo reserva á los mortales, ¿no podeis señalarnos los auspicios bajo que comienza nuestra santa empresa?

El anciano, viéndose interpelado, se levantó magestuosamente para decir:

—El destino no se opone á que nuestra patria pueda salir de su abatimiento; ¿pero teneis bien asegurados los medios de conseguirlo? ¿se halla cimentada en vosotros la union, que es el alma de nuestras empresas? ¿Qué recursos teneis aglomerados antes de dar el grito decisivo?

Hablóse entonces largamente de los auxilios y de los guerreros con que se podia contar: unos confiaban en la aspereza de las montañas, que no podrian ser atacadas por los españoles por muchas partes á la vez: otros confiaban en el descontento é indignacion que fermentaban en los pueblos, recién conquistados y por último, allí se prometió solemnemente el pronto socorro de los hermanos de Africa.

—Aun eso no basta, replicó el anciano; ¿quién es el que ha de dirigir nuestros comunes esfuerzos, cuál es el gefe de valor y de prestigio que teneis elegido para que acudille á nuestras tribus?

Todos respondieron á una voz: —¡Aben-Humeya!

Al decir estas palabras, del grupo de ancianos que habia junto al estandarte, salió un arrogante y vigoroso jóven, adelantándose hácia la asamblea, mientras uno de los ancianos le decia:

—Ven, ilustre descendiente de nuestros reyes, llega inclito Aben-Humeya, y acepta de manos de tu pueblo la gloriosa mision de salvarle.

Dejó caer á la espalda, Aben-Humeya, el blanco alquicel que le cubria, y apenas vieron su gallarda apostura, la magestad de su persona y la resolucion y el valor pintados en su semblante, todos le saludaron gritando

—¡Viva Aben-Humeya!

Los gritos fueron repetidos por los numerosos musulmanes que se hallaban fuera de la caverna, y reproducidos por los ecos de la montaña.

Llegóse el animoso jóven adonde se encontraba el estandarte de Granada, y estendiendo hácia él su brazo de modo que le tocase con las puntas de los dedos, exclamó:

—Musulmanes, el estandarte del Profeta va á volver á

tremolar en campo abierto á vista del enemigo. Yo le conduciré al frente de mis esforzados compatriotas, al frente de los que quieran seguirme á reconquistar nuestros derechos.—Por esta sagrada insignia os juro, que ó pereceré

en la demanda ó apresuraré el día de nuestra gloriosa regeneración.

Este fué el primer grito de la belicosa insurrección de las Alpujarras.



ABEN-HUMEYA EN LA CUEVA JURANDO EL ESTANDARTE.

III.

Entregábanse al descanso retirados en sus casas los habitantes de Granada, durante una fría y triste noche del mes de diciembre. Un viento glacial silbaba en las desiertas calles, y los sombríos torreones que tanta confianza inspiraban á los habitantes, proyectaban su oscura sombra sobre la espesa capa de nieve, que como blanco sudario cubría toda la campiña, estendiéndose hasta las remotas montañas. No era una oscuridad completa la que reinaba en el campo, sino una confusa claridad de luna que producía mil efectos pintorescos en los árboles desnudos de hoja, en los áridos peñascos y en las elevadas murallas.

En medio de esta noche tan lúgubre y tan fría, cuando mas solitarias estaban las calles de Granada y mas entregados al sueño sus habitantes, un ruido confuso empezó á elevarse en medio de la ciudad, al que sucedieron bien pronto el toque de rebato y los repetidos gritos de alarma.

Por la parte del Albaicin habia invadido la ciudad una horda de enemigos, y estos hombres que blandiendo sus cimitarras ó agitando teas encendidas, corrían de una parte á otra, parecían destacándose sobre la claridad de la nieve, sombras fantásticas y amenazadoras. Eran los moriscos que precipitándose como impetuoso aluvion desde sus montañas sobre Granada, donde no les faltaban partidarios, venían á recobrar su capital y sus hogares,

á hacer el último esfuerzo en favor de su culto y de sus leyes; era en fin un pueblo entero que venía á vengar largos años de abatimiento y de ultrajes. Cubierto con el guerrero turbante y con el blanco alquicel de anchurosos pliegues, animaba y dirigía á los invasores un musulmán de tan marcial continente, como robustas y gigantescas formas, y este caudillo era el animoso Aben-Farax, que por orden de Aben-Humeya se habia lanzado en Granada al frente de unos pocos hombres temerarios. Mas de seis mil hombres le habia confiado Aben-Humeya para una empresa tan arriesgada; pero la mucha nieve que sobrevino, entorpeció de tal modo los pasos de la montaña, que en la noche destinada á la sorpresa, solo pudo llegar Aben-Farax á vista de Granada con unos doscientos hombres, y con ellos tuvo el arrojo de lanzarse dentro de los muros, contando con la secreta simpatía de sus compatriotas, y teniendo en todo caso por gran mengua el retroceder.

Los habitantes vueltos ya en sí, pasados los primeros momentos de sorpresa y de turbación, tomaban sus medidas para defenderse y acudían al punto del peligro.

—¡A las armas! ¡A las armas! este era el grito que resonaba en todas las calles y casas de Granada.

La pequeña guarnición peleaba ya valientemente en las calles: las flechas se cruzaban de una parte á otra, así como las balas de arcabuz, y en breve se llegó á las lanzas y á las espadas. Los moriscos estrechados por todas

partes se replegaron al Albaicín, desalentados principalmente con su escaso número, que fué causa de que los vecinos de aquel barrio no se declarasen á su favor. Desesperando de conseguir su intento y satisfechos con haber dado aquella prueba de su valor, los moriscos guiados por Aben-Farax, salieron casi triunfantes de Granada y se volvieron á las montañas, su país predilecto, que tan resueltos estaban á defender y donde tan costoso había de ser su vencimiento.

IV.

Con la atrevida sorpresa de Granada, se pudo apreciar en todo su valor y en todas sus consecuencias la importancia de la rebelion de los moriscos, á la que no se había querido dar crédito como posible. Ya no eran vagos rumores, no eran sospechas de conjuración, era la funesta realidad lo que inquietaba á los gobernadores de las plazas cristianas. Felipe II envió inmediatamente refuerzos, y el marqués de Mondejar se puso á la cabeza de las tropas expedicionarias, pero todos estos esfuerzos eran insuficientes para sofocar la rebelion.

Apenas se había divulgado la noticia del levantamiento de las Alpujarras, y así que el pueblo morisco supo tremolaba de nuevo el estandarte del Profeta, corrió presuroso á unirse á los sublevados. Reunióse una multitud de hombres y hasta de mugeres y niños, todos desesperados, todos vengativos, y volviendo á reproducir en pequeño las antiguas tribus moras con sus divisas, emblemas y colores. Todos los diseminados restos del poder musulmán en la península, todos los fugitivos del país conquistado, estaban ya reunidos en las fragosas cimas de la Alpujarra.

Los capitanes españoles no perdieron tiempo en frenar el movimiento que rápidamente cundía, pero los destacamentos que con mas valor que prudencia se internaron en las asperezas, hubieron de retroceder, diezmados por flechas tan certeras como invisibles. Entretanto Aben-Humeya hacia rápidos progresos, organizaba su ejército, y dueño ya de las poblaciones situadas en el centro de las Alpujarras, fortificaba los puntos importantes y ocupaba los pasos dificultosos que resguardaban las fronteras de su nuevo reino. Felipe II, ansiando terminar esta rebelion, temeroso de sus resultados y de un desembarco que para socorrer á sus hermanos de la península, pudieran hacer los moros de Africa, despachó con nuevas tropas al marqués de Velez, gobernador de Murcia; pero este nuevo general en repetidos encuentros que tuvo con los rebeldes, tampoco adelantó gran cosa. Si conquistaba alguna poblacion ó punto importante, no lograba hacerse dueño de las cavernas y asperezas de la montaña, y por último, hasta en la misma llanura se vio perseguido por el victorioso Aben-Humeya que le tuvo bloqueado en Adra.

Era preciso hacer el último esfuerzo y enviar un general de prestigio, una persona calificada que desplegado todos los recursos, concluyese con la insurreccion.

Así lo comprendió Felipe II, destinando la sumision de los moriscos para el primer hecho de armas de su hermano don Juan de Austria, hijo natural del emperador Carlos V. El joven general distribuyó todo su ejército en pequeñas partidas, que penetrando á la vez por distintos puntos de la Alpujarra, hicieron á los moriscos una guerra de esterminio sin descanso ni tregua. Apesar de todo, el triunfo de don Juan no hubiera sido tan rápido, si no hubiera venido en favor suyo la fatal discordia, condicion eterna é inevitable del pueblo musulmán en sus mas bellos dias de prosperidad. La de Aben-Humeya le había suscitado tan envidiosos como implacables enemigos entre aquellos mismos, antes sus iguales, y que entonces

se desdénaban ya de obedecerle. El infeliz monarca fué asesinado en una conspiracion dirigida por el feroz Aben-Abó, que se apoderó sin resistencia del gobierno y del mando de las tropas. A pesar de su audacia no pudo contrarrestar los progresos de don Juan: las tropas de este, avanzaban por todas partes; los moriscos iban disminuyendo de dia en dia; cada peñasco era teatro de alguna sangrienta catástrofe; cada nuevo sol presenciaba la infausta suerte de nuevas victimas: los moriscos vendian bien caras sus vidas, hacian una vigorosa defensa, y se reputaban dichosos en espirar por su libertad y por su patria; pero al fin perecian, y con ellos la patria parecia tambien.

Tantas desgracias hicieron que los mas avisados entre los moriscos, y los que con mas impaciencia sufrían el dominio de Aben-Abó, tratasen de acogerse á las condiciones que les imponía don Juan de Austria, porque este animoso general suspendía alguna vez el curso de sus triunfos, para hacer á los moriscos promesas conciliadoras, y para ofrecerles un perdon generoso en premio de su pacificacion. Con grande sorpresa se supo que Aben-Abó, ufano con su usurpado poder y contando con nuevos socorros de Africa, se resistía á toda idea de paz y de sumision. Para dar una prueba enérgica de que solo ansiaba una guerra á muerte, mandó matar públicamente al emisario que había entrado en tratos con los cristianos, el que sin embargo, segun la voz del pueblo, lo había hecho con acuerdo del mismo Aben-Abó.

El duque de los Arcos, comandante de uno de los destacamentos mas avanzados, sabedor de estas noticias, iba á precipitarse sobre los rebeldes para darles el último golpe, cuando se le presentaron varios emisarios moriscos, que arrojando á sus pies el sangriento cadáver de Aben-Abó, acompañado de su estandarte y su cimitarra, le dijeron:

—Ahí teneis á vuestro implacable enemigo: no pudiendo traérosle vivo, hemos hecho como el buen pastor de ganado que á lo menos presenta la piel.

Así terminó la funesta insurreccion de las Alpujarras: todas ellas y para siempre fueron ocupadas por los victoriosos castellanos. Los moriscos sufrieron toda la ley del vencedor, y toda la dureza de que en ocasiones sabia revestirse Felipe II. Para colmo de su desventura, su sucesor cediendo mas que á consideraciones políticas á un momento de religioso celo, decretó su destierro y traslacion á las arenas de Africa.

V.

Muchos años han transcurrido despues de estos sucesos, y el recuerdo de Granada, de sus deliciosos valles y sus pintorescas montañas, aun no se ha estinguido entre los musulmanes; aun vive con toda su eficacia en los que fieles á las costumbres de sus padres, se hallan hoy concentrados en lo interior del Africa.

Antes de que los europeos dueños de las costas, les hubiesen confinado á lo interior del país, venian muchas veces á contemplar desde los altos promontorios que dominan las azuladas ondas del Mediterráneo, las lejanas tierras donde reposan las cenizas de sus padres, aquella España que nunca pierden la esperanza de recobrar. El soberbio panorama que entonces se desarrollaba á su vista, no hacia mas que aumentar su afliccion y dar mas realce á lo imponente de la escena. A sus pies el mar tranquilo enmudecia la grande y resonante voz de sus olas, y apenas un ligero vientecillo levantaba algunas que iban mansamente á fenecer en las costas lejanas. En aquella inmensidad vaporosa resbalaban los rayos del sol, perdiéndose entre los celages envueltos en una sombra gris. Veíanse á lo lejos las cadenas de montañas y los

valles que las separan en la Península, y entre estas distinguían muy particularmente á las que siempre cubiertas de nieve dominan á la querida ciudad. Hacia ella volvían el rostro, creyendo aspirar la fresca brisa de Sierra-Nevada, y recrear sus sentidos con los embalsamados perfumes de la Vega. En sus ardientes plegarias piden al cielo verse restablecidos en aquella patria cuyo recuerdo nunca pueden borrar de su memoria, y en su grata ilusión se creen trasportados á ella, hasta que la voz del alfaquí los saca de su enagenación, exclamando dolorosamente:

—¡Oh! Granada, hermosa ciudad! ¿dónde está tu grandeza y poderío? ¿qué se han hecho tus guerreros, tus fiestas y tu renombre? ¿Tus hijos desterrados de su morada gimen en tierra extraña, y tal vez tus tribus brillantes están dispersas para nunca volverse á reunir! ¡Así estaba escrito! Los hijos de Boabdil vinieron á reunirse con los hijos de Ismael: ¡el desierto de Africa que fué su primera patria, será también su último asilo!

F. F. VILLABRILLE.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

DE LA FESTIVIDAD Y PROCESION DEL CORPUS

EN LA CIUDAD DE VALENCIA.



En el número del Museo relativo á mayo del año próximo pasado, describimos la procesion del Corpus en varias ciudades de España, y como al final de aquel artículo, prometiáramos seguir, en esta fecha, dando razon de esta festividad en los demás pueblos de nuestra Península, vamos á cumplir, como debemos, nuestra palabra hasta donde podamos, en atención á los cortos límites que tenemos al efecto, dejando para los años sucesivos, el terminar la narracion de una práctica que varia, en las formas exteriores, en casi todas las provincias de la católica nacion en que hemos nacido.

Antes de pasar á referir lo que se hace en esta festividad en otras provincias, debemos describir por menor la que se verifica en la siempre leal ciudad de Valencia, la cual bosquejamos débilmente en el artículo del año próximo pasado. A fin de cumplir mas ampliamente nuestro deseo, no nos hemos contentado con relatar lo que hemos visto, si no que hemos consultado cuanto se ha publicado en castellano y en lemosin sobre este particular, principalmente la disertacion histórica del escribano Ortiz publicada en 1780; las octavas impresas en 1797; el informe sobre la procesion, en que se explica las habidas desde 1553 en que fué la primera, á 1812; el discurso sobre las ferias de la octava del Corpus por José Aragonés, año de 1636; el informe de la ciudad á Carlos II dado en 1677, publicado en 1794; una relacion impresa en 1815 y otra en 1828. También hemos consultado los archivos del ayuntamiento de Valencia y de algunas cofradías, y entre todos estos documentos hemos podido formar un conjunto de datos, para describir lo presente, y referirnos á algunas cosas antiguas que se han suprimido, que es por cierto bien poco, pues mas bien se han aumentado que economizado cosas.

A las diez de la mañana de la víspera del Corpus, sale el capellan de la ciudad de la casa de las Rocas, con hábitos tálares, montado en un caballo ricamente enjaezado, cubierto con repostero de terciopelo negro, en cuyas puntas se ven bordadas las armas de la ciudad. Dirigiéndose á la plaza de la Seo, y poniéndose al frente de las danzas y misterios que le siguen, recorre acompañado de un síndico de la ciudad, las calles por donde ha de pasar la procesion, saludando á todos y convidando á la funcion.

Al capellan siguen los momos, que son dos figurones, conduciendo dos estandartes y acompañados de otros cin-

co momos, todos con antifaces negros, y una moma, con cetro y corona y antifaz blanco: todos los momos van danzando con castañuelas al son de dulzaina y tamboril. A estos sigue una danza de gitanos al rededor de una abierta granada, que ensartándose por el pezon con cintas, se divide en cuarterones, apareciendo en medio un viril de flores muy vistoso, lo que simboliza al pueblo hebreo humillado al ver triunfante la religion cristiana.

Siguen despues varias dancitas de muchachos graciosamente vestidos, y detrás sigue el que en figura de serpiente engañó á Eva, el cual lleva en la mano un estandarte llamado del Sacramento.

Segue luego una comparsa piadosa, llamada por los naturales el Misterio de San Cristóval, compuesta de un hombre de grande estatura que figura el santo martir, y lleva sobre los hombros un niño que espresa el infante Jesus; viene acompañado de unos romeros, los que segun la tradicion de los pueblos, pasó á hombros el santo á la otra parte de un rio para que pudiesen continuar su romeria á Jerusalem; representan repetidas veces este acontecimiento, al natural, en un auto escrito en lengua lemosina muy antigua.

Siguen tres personajes magestuosamente vestidos con manto real, corona y cetro, sobre caballos ricamente enjaezados, llevando en sus manos las *pixides* de las tres preciosas ofrendas, oro, incienso y mirra, y no sera necesario advertir, que simbolizan á los tres Magos, que, con bastante fundamento, se cree fueron reyes, y vinieron de las regiones de Oriente á Belen para adorar y ofrecer los misteriosos dones al niño Jesus.

A los tres Reyes Magos, siguen sus palafranceros y criados bien vestidos, y tras estos asoman, discurren y derrámanse por plazas y por calles, unas cuadrillas de danzantes con rollos de carton, llamados *canchotes*, en las manos, sorprendiendo y cascando á cuantos topan por delante.

Esta funcion alegre y simbólica, que los del pais llaman de los *Caballets*, por que antes iban montados en palos con armadura de caballos de carton ó de madera, llevando palos con cabeza de caballos para topar con ellas, es lo que se prohibió por las desgracias que subvenian. Se repite al siguiente dia con el mismo orden, con sola la diferencia, que antes de empezarse, van las dancitas á la casa consistorial para acompañar con música y festivos bailes á los señores regidores de la flustre ciudad, los cuales vestidos de gala, pasan á la iglesia catedral, y tomando en el presbiterio los asientos de oficio, asisten á la misa solemne, que se celebra con magestad y magnificencia.

La significacion de los carros triunfales, vulgo Rocas, que van en la procesion es la siguiente:

La primera roca es la dela Santísima Trinidad; la segunda es la purisima concepcion de la Virgen, madre de

Dios, la tercera es la de la Fé; la cuarta es la de San Vicente Ferrer, la quinta es la del arcángel San Miguel; la sexta y última roca es la de Pluton.

En la tarde del día del Corpus á las cuatro, estando ya congregados el capitán general, y los señores de la ilustre ciudad para asistir á la función en los balcones de la casa consistorial, mueven las seis rocas de la plaza de la Seo, á tirantes largos, por medio de arrogantes mulas prestadas por el gremio de molineros, quienes todos los años hacen este gracioso obsequio, disputándose en toda la carrera los conductores, el lucimiento y la maestría en el manejo: representan al vivo el misterio de Adán y Eva al llegar la roca primera, frente de las casas consistoriales.

Concluido el paseo de los carros triunfales, y á las cinco en punto, empiezan á marchar dos reyes de armas con cota y demas vestiduras de ceremonia, tegidos de seda colorada y amarilla, con barbas largas, pelucas blancas y corona en las cabezas, llevando los guiones del blason de la ciudad: en medio de estos dos va otro llevando el estandarte de las armas de la misma, que son las cuatro barras esmaltadas con real sangre en campo de oro, las mismas que Luis V de Francia dió á Wifredo, conde de Barcelona, porque la ganó á costa de su sangre en batalla contra los normandos. Diólas despues á esta ciudad de Valencia el rey don Jaime I de Aragón, sobreponiendo al escudo la celada, y á esta un murciélago, simbolo de la vigilancia; al que añadió ultimamente don Pedro IV de Aragón una corona con dos L. L. laterales, que significan la lealtad. — Vienen luego seis pomposos y estravagantes enanos, bailando diestramente al son de la dulzaina y tamboril, los dos primeros enano y enana, con vestidos turcos, representan el Asia; los otros dos con ropage moro al Africa, y los dos últimos negro y negra la América. Siguen tras los enanos ocho gigantes, y luego los gremios en esta forma:

En primer lugar van los enjalmeros, llevando á San Antonio Abad; los cajeros al patriarca San José, conducido por cuatro vistosos volantes; los torneros y silleros, á su patron San José, con una dancita de muchachos lindamente aderezados; los cesteros y peñeros, á San Julian, obispo; los tragineros, con una danza de graciosos pastoreitos, á la Virgen en acción de huir á Egipto con su hijo y esposo; los caldereros, á San Juan evangelista, en el martirio de la tina; los colchoneros, á Nuestra Señora de la Piedad; los roperos á San Jaime apóstol, de bella figura, sobre un brioso caballo, en ademan de matar moros; los guanteros á San Bartolomé apóstol; los oficiales y maestros horneros, con buena música marcial, y acompañado de una dancita graciosa de húngaro, de los representantes á Adán y Eva, y de la serpiente que los engañó, de los discípulos del Señor en su milagrosa multiplicación de los panes y peces, y de un bellissimo niño, guiando un corderito con cintas, simbolo del Gran Bautista, llevan en una preciosa custodia Nuestra Señora de la Merced, y ademas en un rico tabernáculo, al Salvador del mundo, en ademan de instituir el augusto sacramento del altar.

Los cortantes, que en funciones públicas de esta especie á nadie ceden en garbosidad y lucimiento, llevan con acompañamiento de música escogida, en dos preciosas andas, á los dos patronos de la ciudad, San Vicente Ferrer y Nuestra Señora de los Desamparados; los molineros con agradable danza de ángeles, á Nuestra Señora del Consuelo, llamada vulgarmente la Morenita; los alpargateros á San Onofre; los zurcidores, á San Juan Bautista; los sogueros, al mismo Santo Precursor y á Nuestra Señora de los Desamparados; los guarnicioneros, á San Sebastian mártir; los herreros y plateros, á San Eloy, obispo; el gremio de cerrajeros, hojalateros, escopeteros, y anzueleros, con una linda dancita, á Santa Lucia, vírgen y mártir; los armeros á San Martin; los oficiales de carpinteros, al niño Jesus en anda bellissima, y los

maestros en otra no menos rica, á su patron el patriarca San José; los zapateros, con una música armoniosa y con el guion de San Crispin y Crispiniano adorando el santísimo sacramento, á San Francisco de Asís; los sastres, con dancita muy donosa, al patron de la ciudad, San Vicente mártir; los curtidores en riquísima custodia, la imagen del Santísimo Sacramento, en recuerdo de que le restauraron de los moros que lo habían robado de la villa de Torre Blanca; y los pelaires, con danza simbólica de los siete momos y la moma, á la Santísima Trinidad.

Inmediatamente detras de los gremios, vienen cuatro bellas matronas, gallardamente ataviadas, que figuran las cuatro famosas heroínas de la ley antigua, significan las cuatro virtudes cardinales; la Prudencia está figurada por Abigail, la Justicia por Estér, la Fortaleza en Judit y la Templanza en Rut. A estas cuatro matronas, siguen varios personajes de la ley antigua, como Melquisedec, Isaac, Josué, Gedeon, Calef y otros; y para espresion llevan algunos simbolos, como son los panes de proposicion, los racimos de la tierra prometida, y otras figuras del pan Eucarístico. Ocupa el último lugar el anciano Noé, con la paloma en las manos.

Así como la noche sigue al día, á estos héroes y padres antiguos siguen, con mucha propiedad y decoro, doce personajes, que representan los doce apóstoles fundadores del cristianismo.

Suenan luego los timbales y clarines, ricamente adornados con el realce del blason é insignias de la ciudad, como manifestando que hasta aquí pertenecen las funciones del brazo secular y empiezan las del eclesiástico; y por esto sigue inmediatamente el perrero de la iglesia mayor con bordon para el despejo, seguido del diacono con la cruz parroquial de San Pedro. Sigue al nuncio el clero secular, cuyos dignos individuos revestidos con roquetes y capas pluviales de tafetan blanco, forman un acompañamiento magestuoso. No llevan preste en esta procesion, porque oficia por todos generalmente su prelado superior inmediato; pero llevan levantadas, respectivamente cada clero, sus grandes cruces de plata parroquiales, sobre cuyo engalanamiento y compostura hay muchas competencias entre los sacristanes que las llevan. Despues de este respetuoso acompañamiento, viene un personaje con cota y tunicela de tafetan amarillo y colorado, peluca y barbas blancas y corona en la cabeza, abrazando la adarga de las armas de la ciudad; simboliza á la misma antigua y coronada ciudad de Valencia, en ademan de admitir y respetar los santos Evangelios: cuyos autores vienen figurados en los personajes siguientes.

El primero vestido del mismo modo, con cara de ángel, figura á San Mateo, y el guion que lleva en la mano denota la primacia en antigüedad de este santo evangelista, pues fué el primero, entre los cuatro, que escribió el Evangelio; el segundo con cabeza de leon, significa á San Marcos, y el tercero con la de buey á San Lucas, bajo cuyas figuras fueron simbolizados en el Apocalipsis. (Apocal. cap. IV, v. 7.) San Juan, que escribió el último y como águila se remontó y acercó mucho á la divinidad, viene despues y muy inmediato á Dios Sacramentado. — El gallardo mancebo que sigue con cota azul, cabeza y alas de ángel, con estandarte en la mano derecha, y conduciendo de la otra un jóven con un pez, significa el arcángel San Rafael en la acción de acompañar á Tobias el jóven: se nos da á entender con esto la amorosa providencia de Dios que destina uno de sus ministros para que nos acompañe en los viages y nos defienda en los peligros. — Luego se presenta el ministro pertiguero del ilustre cabildo eclesiástico con el cetro, para el despejo, y tras él un diacono con la cruz de la catedral en medio de dos velas montadas sobre riquísimos ciriales. — Despues del diacono siguen los ministriles de la ilustre ciudad, vestidos de grana, con galones de plata sonando sus instrumentos, y con el

hecho de ocupar este lugar bajo la cruz de la catedral, se nos da á conocer la cristiana y perfecta armonía de los cabildos en todo honor y gloria á Jesucristo Sacramental.— Sigue la clerecía de la iglesia metropolitana, y entre su respetable cuerpo, van tres grandes y bellísimas águilas vistosamente escamadas de oropel, llevando de ala á ala, sostenido del pico, el mote: *In principio erat Verbum et Verbum erat apud Deum*.

El cuarto y último evangelista San Juan, está espresamente figurado en la última y mayor de las águilas, con el mote *Joannes* escrito sobre el tozuelo. Lleva esta grande águila en la boca una paloma detenida con cintas, con lo que nos da á entender, que cuanto escribieron San Juan y los otros Evangelistas, les fué inspirado por el Espíritu Santo; cuya divina persona ha permitido siempre la iglesia ser representada con el símbolo de una paloma.— A la primera águila sigue la riquísima custodia de plata con la imagen de San Luis Bertran, hijo y glorioso ornamento de Valencia. Siguiendo niños graciosamente vestidos con túnicas blancas, encages, cintas y coronas de flores, conduciendo á cuatro ciegos, quienes, vestidos con albas, van tañendo la cítara, el arpa y otros instrumentos de cuerda.

A estos precede otro magnífico tabernáculo del mismo rico metal, hechura, gusto, y magnificencia que el anterior, con la imagen del apóstol valenciano, San Vicente Ferrer.— Aparece luego la segunda águila, y tras ella, la graciosa y preciosísima custodia también de plata al estilo moderno, con la imagen del invicto levita San Vicente mártir, cuya sagrada sangre regó y santificó nuestro patrio suelo.— Sigue un venerable anciano con diadema dorada en la cabeza, peluca y barbas blancas, revestido con alba y estola, llevando en las manos el libro sagrado y una palma de oro sobre el pecho.

Acompaña al anciano, un ángel con la cabeza ceñida de flores, vestido de tela carmesí, con valona de encage y llevando en la mano una gran palma primorosamente adornada de bellísimas flores. Sigue la tercera águila, y tras ella veinte y cuatro ancianos con peluca y barbas blancas, corona en las cabezas y vestidos con alba, sosteniendo con el carax unos blandones altos y muy gruesos de ochenta y tres libras de peso, adornados con las armas de la ciudad.

Vienen luego de dos en dos, seis mancebos vestidos de raso de color de fuego y plata á la antigua española, con

espada y daga, tres de ellos llevan en hermosos jarros, racimos de uva, y los tres espigas de trigo, símbolo de las especie sacramentales.— Sigue cantando la capilla de músicos de la catedral, vestidos con albas y tunicelas de tafetan blanco, y llevan en la mano una vara de benjuí que les entrega la ciudad.

Cierra la procesion una ilustre y noble comitiva que va acompañando al Rey del cielo y tierra hasta dejarlo en la santa iglesia metropolitana, donde millares de luces colocadas artificiosamente por todo su ámbito la transforman en una nueva celestial Jerusalem.

La carrera que hoy lleva la procesion, se empezó en 1854 habiendo sido dispuesta por San Vicente Ferrer. Para que la procesion se acabase de día, se trasladó en 1794 á otro día la representacion de los autos sacramentales que todavía se hacian, y se mandó hacer fiesta por la mañana. En virtud de acuerdo de la ciudad de de mayo de dicho año, se suplicó fuese como antes. Carlos II accedió en 5 de julio de 1677 y sigue desde entonces siendo por la tarde.

Los carros llamados Rocas, se inventaron para esta procesion en 1415, en ocasion de obsequiar la ciudad á su rey don Fernando de Aragon. Los primeros fueron tres: el uno simbolizaba la divisa del mismo rey, el otro las siete edades, las cuales fueron fabricadas por el artífice Juan Oliver. En 1512 se ordenó que fuesen doce rocas, á saber: primera, el paraíso terrenal; segunda, la Salutación del ángel; tercera, la adoracion de los Reyes; cuarta, San Gerónimo; quinta, San Vicente; sexta, San Jorge; séptima, la Cena; octava, la Maria del Tedeum; novena el Infierno, décima, el Monte Calvario; undécima, el Sepulcro del Redentor; duodécima el Apocalipsis. En 1528 para obsequiar á Carlos V, salieron nueve carros, el descendimiento de la cruz, San Sebastian, el sacrificio de Isaac etc. En 1542 habia once, San Juan Bautista, Susana, el Hijo pródigo, el Juicio final etc. Entre muro y muro de la puerta de Serranos se hizo casa para las Rocas en 1835, pero siendo chica, se amplió en 1446 y se terminón en 1447.

Estos carros servian en lo antiguo tambien para representar sobre ellos los autos sacramentales en la plaza de la Seo, hoy de Fernando VII.

BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS.

ESTUDIOS MORALES.

LOS DOS MUERTOS.

HISTORIA DEL SIGLO XVII.

CAPITULO IV.

En 1630, Brulart, que tenia por compañero en una negociacion al padre José, repetía á su regreso, que el capuchino no tenia de su orden otra cosa mas que el hábito, ni de cristiano mas que el nombre, que su único deseo era engañar á todo el mundo, y captarse mas y mas la voluntad del cardenal de Richelieu. El padre José, añade, conocia tan bien las máximas y las miras de este ministro, que no necesitaba pedirle órdenes para obrar.

(ANÓNIMO. Verdadero padre José, capuchino, t. vol. in 42.)

Pedro Pablo Rubens, salió de Paris con el alma llena de pesar y desaliento. Habituado su corazón noble y ge-

neroso á tratar lealmente las cuestiones mas graves, y á buscar su solucion por medios francos y puros, no habia podido menos de ofenderse é indignarse contra la falsa italiana y de las mezquinas astucias de Richelieu; pero lo que mas le afligia era la estraña debilidad de Luis XIII, pues no podia soportar la idea de ver á un rey vacilar bajo el peso de su corona, y permanecer débil é indiferente ante los temibles deberes que Dios le habia confiado. ¡Pobre Francia! se decía, ¡pobre Francia! gobernada por hombres que no comprenden que el poder debe ser la justicia por excelencia, y que esta sublime emanacion de la divinidad pierde todas las huellas de su origen celestial, desde el momento en que traspasa los limites de la virtud. Para Luis XIII el poder es una carga, cuyo peso quiere soportar á medias con otro; para Richelieu es una arma que no le pertenece, y que sabe muy bien puede caérsele de las manos de un momento á otro, y por lo mismo se apresura á hacer jugar todos sus funestos resortes, y derribar todo cuanto se levanta á su alrededor. ¿Qué piedad pueden esperar la nobleza ni el estado llano de hombres que huellan bajo sus plantas los sentimien-

tos mas santos, y que para establecer su política techazan el amor materno y el respeto filial? ¿Para gobernar á los hombres es pues preciso despojarse de todo sentimiento humano?... pobre reina! qué desesperacion la espera, y qué lágrimas derramará cuando sepa que su hijo no ha bofetado el rostro del ministro que la acusaba en su presencia, ¡á ella, á la reina madre!—De haber asesinado á su marido y hecho envenenar á su hijo! y no se ha estremecido, ni ha experimentado la mas ligera emocion escuchando aquellas infames palabras como cosa indiferente!... ¡gracias, Dios mio! porque vuestra divina misericordia me ha hecho pintor y no rey! ¡gracias por haberme dado una existencia laboriosa, pero tranquila! gracias porque habeis permitido que pase mi vida lleno de nobles creencias y en medio de los goces dulces y santos de la familia. ¡Gracias!... por lo demas cumpliré con mi deber hasta el fin. Si el rey de Francia abandona á su madre, yo seré el apoyo de la madre del rey de Francia. Ella me tendió una mano generosa cuando no era mas que un jóven pintor poco conocido, yo la sostendré con mi brazo ahora que todos le vuelven las espaldas en su ancianidad. Tal vez la herencia de mis hijos sufra por esta causa algun menoscabo; ¿pero qué importa? Vale mas dejarles un nombre sin mancha; así nadie tendrá derecho para decirles: «Rubens ha sido un ingrato.» Dios me ha enviado á la reina, y sería indigno de la misericordia de Dios si no llenase cumplidamente la mision que me ha confiado.... Postillon arreá esos caballos, porque quiero llegar cuanto antes á Colonia.

Pero á cada instante venia un nuevo incidente á detener la marcha del carruaje, unas veces porque los tiros de relevo no estaban preparados, y era preciso esperar muchas horas, y otras porque se rompía cualquiera cosa del coche.

No sucedia lo mismo á la silla en que iba el padre José, y la cual llevaba grande delantera al coche de Rubens. Varios correos preparaban los tiros de antemano. Seis caballos, los mejores de cada cuadra, arrastraban el ligero carruaje en que se veian las armas del cardenal, y era facil ver que las instrucciones dejadas por el capuchino, contribuian singularmente á los tropiezos y percances de Rubens, si ya no es que eran la única causa, puesto que el padre José llegó á Colonia lo menos medio día antes que Rubens.

El primer cuidado del emisario de Richelieu, fué dirigirse en derechura á la casa en que habitaba la reina madre, apeándose en una calle escusada á corta distancia de aquella. Apenas dió algunos pasos, cuando salió al encuentro del capuchino el enano favorito de Maria de Médicis. El padre José le interrogó con un movimiento de cabeza.

—Vuestras instrucciones están cumplidas, dijo Langely, desde el tercer día que llegaron á Colonia, me apoderé de todo el dinero que traia el hijo de Rubens.

—¿Y qué mas? preguntó José.

—El pobre tonto se puso á llorar como una muger, despues de lo cual tuvieron un consejo de familia, de que resultó enviar de correo á Amberes á uno de los criados de la reina; pero el nombrado fué Bellini y este ha seguido el camino de Paris. En una palabra; despues de una semana de miserias y de expectativa, el jóven Francisco ha tomado la resolucion de partir él mismo á Amberes con el fin de traer dinero.

—¿Y la reina?

—Le acompañan las camaristas, á quienes segun las apariencias no las prueba mucho la cerveza de Flandes, porque ambas han caido enfermas, contestó el enano con diabólica espresion de rostro, y mostrando un pómulo de plata oculto en su pecho. Están en cama, y para proporcionarles medicinas ha tenido la reina madre que vender las alhajas que le quedaban. A mi se me confió este asunto, que como podeis suponer ha producido poco dinero, y

hoy están ya agotados todos los recursos, y no queda á la reina mas alternativa que marchar á Florencia ó morir de hambre.

—Está bien.

—Creo que su eminencia estará satisfecho de mí.

—Sí.

—¿Y la recompensa que me ha prometido?..

—La obtendrás. Seras el bufon del rey.

El enano erguió la cabeza con aire de satisfaccion y orgullo.

—Ahora escuchame bien. Vuélvete al lado de la reina madre, y dila que acabas de encontrarme; que me has dicho su residencia en Colonia, que al saber su desgracia he derramado lágrimas, y que voy al punto á verla.

—¡Basta! contestó el enano muy contento de tener que ejecutar una nueva infamia y decir otra mentira.

Pocos minutos despues entró el padre José en la estancia de la reina madre; pero aun cuando el corazon de aquel confidente digno de Richelieu era perverso y estaba familiarizado con el espectáculo de las desgracias, no pudo menos de experimentar una profunda emocion al ver á Maria de Médicis vestida miserablemente y arrodillada delante de la chimenea atizando el fuego. Sus manos estaban manchadas por la ceniza, sus cabellos caian en desorden sobre su frente bañada en sudor, y preciso le fué hacer largos y dolorosos esfuerzos para levantarse y caer en un sillón colocado detras de ella. Al lado de la desgraciada yacian sobre malos gergones sus dos camaristas, retratada en su rostro la palidez de la muerte y exalando por intervalos lamentos inarticulados.

La reina tendió la mano al padre José, y dijo con voz conmovida:

—Sin duda os envia Dios á esta casa, padre mio, pues ya iba á dudar de su misericordia y bondad infinita. La desesperacion y la blasfemia iban á apoderarse de mi alma.

—Esas ideas son indignas de una cristiana y vuestra magestad debe rechazarlas con energia.

—Vos podeis hablar así, padre José, porque libre debajo de vuestro hábito, y desprendido de todos los lazos y de todas las afecciones del mundo, no vivis mas que en el pensamiento de Dios; pero yo, padre mio, ya sabeis que he sido reina de Francia, y sin embargo desde esta mañana no he probado un pedazo de pan. Ya sabeis que soy la hija de Francisco de Médicis, y sin embargo no tengo para calentarme mas que estos maderos podridos recogidos por mis manos en la calle. Ya sabeis en fin que soy madre, que voy á morir, y sin embargo no tendré á la cabecera de mi cama ni uno de mis hijos que me cierre los ojos.

—Calmad esa desesperacion, señora, vuestra vida no corre peligro.

—¿Creeis que no deseo la muerte? ¡Oh! os aseguro que no formo mas que un voto ni dirijo mas que una plegaria al cielo, y es que su divina misericordia termine cuanto antes mis padecimientos en este mundo.

—Escuchadme, señora, esos padecimientos pueden tener un término que no sea la muerte. Una existencia brillante os espera...

—¡Oh! callad, callad, padre mio! no despertéis en mi corazon una esperanza, porque su pérdida me mataria... ¡hijo mio!... ¡Luis!... ¿ha logrado Rubens enternecer su corazon?... ¿me perdona? ¿me llama á su lado?... Señor, Señor, si es eso lo que el padre José viene á anunciarme bendito sea entre todos.

—Sin ser precisamente tan felices las noticias que he oido deben agradaros mucho. Tomad este pliego que el superior de nuestra orden ha recibido del cardenal de Richelieu para que os sea entregado, y que de orden suya iba á remitiros á Bruselas, donde suponía que os hallabais. Dignese vuestra magestad leerlo.

—Una carta de Richelieu! exclamó la reina dejando caer

el pliego presentado por el capuchino; de Richelieu, y no de mi hijo! ¡Oh! esto debe ser alguna cosa funesta. Veamos sin embargo, todo lo espero de mi desgraciada suerte.

SEÑORA.

«S. M. el rey Luis, desea que escojais por residencia la ciudad de Florencia, y con esta condicion consiente en pagaros una pension de cien mil libras, encargándose además de satisfacer todas vuestras deudas. Quedo rogando á Dios que os tenga en su santa y digna guarda.»

ARMANDO, cardenal de Richelieu.»

—Looís, padre José, dijo friamente la reina cuya palidez se aumentaba por momentos; creen que estoy todavía muy cerca de mi hijo, y el cardenal necesita que yo sufra algo mas que el destierro y el hambre, pues quiere mi vergüenza y mi deshonor. Si, Maria de Médicis debe recibir de rodillas las limosnas de Armando Duplessis que fué page de su casa. ¡Si, la hija del gran duque de Toscana debe volver al reino de su padre para ostentar allí su miseria

y atestiguar el poder del cardenal! Escuchadme bien, padre José, para que trasmitais fielmente mis palabras al cardenal: no me queda mas recurso que esta sortija, prenda de mi matrimonio con Enrique IV; Langely va á venderla; con el dinero que den por ella tendré todavía para vivir una semana. En seguida, como una reina de Francia no puede mendigar me encerraré aquí y me moriré de hambre.

—Renunciad esos proyectos funestos, señora; ceded á la voluntad del rey, partid para Italia.

La reina se levantó haciendo un esfuerzo violento, pero volvió á caer de repente como herida del rayo.

—¡Yo me muero! murmuró; padre mio, oid mi confesion y bendecidme; porque siento apoderarse de mí, un frío mortal, porque conozco que voy á morir.

El padre José retrocedió lleno de espanto por considerarse indigno de tan alta y santa mision.

—Yo no soy un sacerdote, señora, sino un pobre religioso; voy á buscar los socorros espirituales que pedis.

No tardó en volver acompañado de un eclesiastico, y



omo tratara de retirarse, le detuvo la reina diciéndole: —Quedaos, mi confesion debe ser pública.

El sacerdote pronunció las formulas sacramentales, y la reina se arrodilló.

—¡Padre mio! dijo con voz lánguida y lenta, me han acusado de haber atentado á los días del rey mi marido; es una calumnia, me han acusado de haber querido envenenar á mi hijo, tambien es una calumnia; pongo por testigo á Dios á cuya presencia voy á comparecer. He sido débil y me he dejado arrastrar por mis pasiones pero jamás he hecho nada que fuera indigno de mi nombre ni

de la corona que he ceñido á mis sienes. Mis últimos pensamientos son para mi hijo, por cuya felicidad habria sacrificado contenta mi vida y mi reposo, por mi hijo á quien amo, por mi hijo á quien bendigo.

—¿Perdonais sinceramente á todos vuestros enemigos?

La italiana levantó la cabeza y sus ojos centellearon; pero hizo un esfuerzo sobre si misma y repitió:

—A todos mis enemigos.

—¿Tambien al cardenal? preguntó el padre José.

—Al cardenal tambien; que Dios le perdone como yo.

—Pues bien, enviadle en señal de reconciliacion el

anillo de que me hablábais ahora mismo y que veo en vuestro dedo.

—¡Ah! esto es demasiado! dijo.

En este momento se oyó el ruido del coche de Rubens que pasaba delante de la puerta. El pintor entró precipitadamente y al ver á la reina moribunda se arrojó deshecho en lágrimas.

—¡Oh! Dios mío! exclamó, ¿es así como debía encontraros, señora? vuestras desgracias, vuestra horrible miseria van á cesar; todo me lo ha dicho mi hijo Francisco, que ha vuelto de Amberes y atravesaba el umbral de esta casa en el momento de entrar yo en ella. Todo es obra de Richelieu; estais rodeada de espías suyos... vuestros tormentos y hasta vuestra miseria son debidos á ese miserable, indigno del título sagrado que lleva.

—Silencio, mi noble amigo, he perdonado á ese hombre. Tomad este anillo y guardadlo en nombre mío... Vuestro hijo Francisco ama á una joven sin fortuna; he ofrecido interceder por él... prometedme que no os opondreis á sus amores... ¡adios Rubens!... ¡Luis!... hijo mío...

Volvió á balbucear todavía algunas veces el nombre de su hijo; despues sus labios quedaron inmóviles, cerráronse sus ojos, y los espectadores de aquella terrible escena se retiraron con el corazón oprimido y lleno de espanto.

—¡Pobre reina! dijo el padre José.

—¡Pobre madre! murmuró Rubens.

En seguida se retiraron todos; y solo quedaron para velar los restos de la reina las dos mugeres enfermas.

Al cabo de una hora, al volver Rubens, para tributar los últimos honores á la desgraciada princesa, halló al padre José que disponia la traslación de los restos mortales de Maria de Medicis á la iglesia catedral de Colonia, donde estuvo espuesta por espacio de una semana en una capilla toda encendida. En cada uno de los dias que duró esta esposicion, el nuncio del papa vino á celebrar una misa por el descanso del alma de la reina; y todos los habitantes de Colonia se apresuraron á ir á admirar la magnificencia con que se habian rodeado los despojos de aquella que habia muerto de desesperacion y de hambre, en un rincón ignorado de su ciudad. Pero era un espectáculo que iban á ver y nada mas, y apenas habia quien se cuidara de informarse del nombre de la estrangera que yacia allí bajo el paño de oro fúnebre, ni quien rezara un padre nuestro y echara algunas gotas de agua bendita sobre su féretro.

Luis XIII lloró mucho durante dos dias la muerte de su madre, noticia infausta que recibió á los ocho dias del acontecimiento; y solo pudo hallar consuelo en los grotescos chistes de Langely, que instalado ya al lado del rey por el cardenal, no tardó en supplantar en el favor real aun á la galga favorita del monarca.

CAPITULO V.

Pronto desaparecen las glorias de este mundo. El hombre que hoy existe, mañana muere.

¡Feliz quien tiene sin cesar ante los ojos la hora de la muerte, y se dispone todos los dias á morir!

Si jamás habeis visto morir á un hombre, pensad en que tambien vosotros pasareis por el mismo camino.

GERSEN, Imitacion de Jesucristo.

Pocos meses despues entró en la ciudad de Amberes un estrangero montado en un soberbio caballo, y no pudo menos de sorprenderse al ver el aire de tristeza de que parecia estar cubierta toda la ciudad, tanto mas notable,

cuanto que era la época de las fiestas de la feria, que los habitantes de Amberes guardaban comunmente con religiosa solemnidad. El reloj de música de la casa de ayuntamiento estaba silencioso, las campanas de la catedral no lanzaban á los aires sus alegres sonidos, ni se oia en parte alguna el tambor de las corporaciones y de las compañías de arqueros; veíase en fin á los vecinos tristes y melancólicos á las puertas de sus casas preguntando con zozobra á cualquiera que pasaba, noticias que al parecer les importaban mucho, y que este último, les daba con no menos énfasis y tristeza. El estrangero, deseoso de explicarse semejante problema, se dirigió á la posada mas afamada.

Luego que escogió un aposento y se mudó su vestido de viage, bajó á la cocina, especie de salón lustroso á fuer de limpio, y en cuyas paredes resplandecian varios utensilios de cobre, brillantes como el oro. El posadero, aguijado tambien de la inquietud general, daba sendos paseos por aquella sala como en su pequeño reino, ora dirigiendo una mirada á la derecha, ora una reprimenda á la izquierda, pero sin cesar por eso de correr á cada instante al umbral de la puerta.

—¡Vaya unas fiestas de feria bien tristes! dijo el estrangero al dueño de la posada; muy mal deben andar las cosas este año en Amberes, cuando sus vecinos no se regocijan en una época consagrada á la alegría.

—Las cosas van muy bien, señor, gracias á Dios y á la Virgen Santísima; pero han decidido espontáneamente los magistrados y todos los habitantes de la ciudad, que no se celebran este año las fiestas hasta que Dios sea servido alegrar de Amberes la desgracia que nos amenaza.

—¿Y qué desgracia os amenaza?

—¡Cómo! ¿estais en Amberes hace dos horas y todavía lo ignorais? La desgracia que tanto tememos no es otra que el fundado temor de perder á Rubens que hace dos dias se halla en peligro de muerte.

Esta noticia sobrecogió de tal modo al estrangero, que tuvo necesidad de sentarse pálido y convulso.

—Como habeis podido ver, toda la ciudad esta consternada; las iglesias se hallan abiertas de dia y de noche y todos los dias se recitan oraciones públicas, á fin de obtener de la misericordia divina que aleje la desgracia que nos amenaza.

Pero el estrangero no escuchaba ya al posadero, recordado de la primera sorpresa del dolor, se habia levantado precipitadamente, y corria mas bien que andaba hacia la casa de Rubens.

Una multitud inmensa rodeaba esta casa; mas sin embargo, á pesar de una afluencia tan considerable no se oia el mas leve ruido, á escepcion de un murmullo sordo que no podia llegar hasta el enfermo. Si por casualidad se dirigia hacia este lado algun carruaje, salianle al encuentro algunos hombres del pueblo, y obligaban á su conductor á que se volviera atrás, á fin de que el ruido de las ruedas no turbase el reposo ó aumentase la agitación del gran pintor. Cada cuarto de hora se presentaba en la escalera un criado anciano, y comunicaba con sus palabras la inquietud ó la esperanza á aquella muchedumbre. Decia por ejemplo: el señor Rubens sigue mejor, é inmediatamente circulaba la feliz nueva por la multitud, y se propagaba hasta los diferentes barrios de la ciudad. Pero si por el contrario decia: el delirio se ha vuelto á apoderar del enfermo, bastaban estas palabras para disipar esta sonrisa y llevar el temor á todos los corazones. En fin, á cada instante venian pages y lacayos de ricas libreas de parte de sus amos á informarse del estado de Rubens, y se citaban entre la multitud los títulos de sus señores, y se veia que eran personas pertenecientes á la nobleza ó á las primeras casas de comercio.

No sin gran trabajo pudo el estrangero atravesar la multitud, y llegar hasta donde estaba el criado anciano, que al verle lanzó una exclamacion de sorpresa.

—¡San Francisco me valga! ¿sois vos, maestro Antonio Van-Dick? ¿cuánto tiempo hace que no nos vemos! ¡pero en que circunstancias tan tristes venis! mi pobre amo se muere, á pesar de los votos y plegarias que dirigen todos los habitantes de Amberes al cielo.

—Mi buen amigo, ¿no podrias introducirme en la alcoba de tu amo?

—Ay! vais á ver un espectáculo muy doloroso, porque la enfermedad ha hecho progresos funestos y rápidos. Atacado hace algun tiempo por la gota el señor Rubens, sin embargo no dejaba de trabajar, si bien habia renunciado á las grandes composiciones, ocupándose solamente en pintar cuadros pequeños; pero nada, absolutamente nada habia cambiado en sus costumbres, madrugaba mucho como de ordinario, y pasaba gran parte del dia en su estudio. Hace tres dias que estrañamos no oirle llamar como acostumbra, para que su ayuda de cámara fuera á vestirle.... despues de una hora de inquietud y de zozobra, resolví al fin entrar en su cuarto. Oh! ¡mi querido señor Antonio Van-Dick! ¡que espectáculo!... mi amo, ¡mi querido amo estaba sin conocimiento! pedi socorro, Francisco fué á buscar al médico, y una sangria restituyó el conocimiento al señor Rubens. Pero desde entonces, el mal va en aumento: es un letargo continuo, de el que nada puede sacar el enfermo, y que de vez en cuando, interrumpe solamente un delirio, durante el cual repite, las palabras de «pintura y de gloria.» Su amada esposa está inconsolable, y todos sus hijos no dejan un instante la cabecera de su cama. Ay! ¡y su hijo mayor, el pobre Francisco, que se ha casado hace quince dias, que pan tan amargo de boda va á comer!

Van-Dick penetró en el aposento de Rubens, y se arrodilló piadosamente en la entrada de aquel santuario donde el hombre de genio y de bien, iba á entregar su alma al criador que se habia complacido en hacerla tan pura, tan noble y tan grande. Elena Froment, cuya hermosura no habia alterado la edad, estaba sentada cerca de Rubens, mientras que sus tres hijas y su jóven nuera, de pié detrás de su sillón, lloraban silenciosamente. Al pié de la cama, los dos hijos del primer matrimonio, y Francisco, á quien el gobernador de los Países-Bajos habia dado por presente de bodas el título de miembro del consejo soberano del Brabante, contemplaban tristemente y en silencio las facciones pálidas y alteradas de su padre. Al ligero ruido que hizo Van-Dick al entrar en la habitacion, levantó el enfermo dulcemente la cabeza y dirigió al rededor sus miradas, como un hombre que sale de un largo sueño, y percibiendo al fin á su antiguo discípulo le tendió una mano que este llevó respetuosamente á sus labios.

—Doy gracias á Dios porque te ha traído á mi casa en esta hora solemne, dijo Rubens con voz debil; te amo como á un hijo.... y cuando un padre va á morir necesita que todos sus hijos cerquen su lecho.

Interrumpido por los sollozos de Van-Dick y su familia, replicó al cabo de un momento:

—Conozco que es una separacion dolorosa; pero debemos resignarnos al decreto de la Providencia. ¿No se ha mostrado conmigo mas misericordiosa que con ningun otro? Ella me ha dado el amor al trabajo; se ha dignado coronar con la gloria mis esfuerzos, y le he debido, hijos míos, un bien mucho mas precioso, la ternura de vuestra madre, vuestro respetuoso cariño hácia mí, y la buena y noble conducta con que habeis recompensado mis desvelos por vosotros. He sido un hombre honrado y feliz toda mi vida, dignese Dios recibir mis bendiciones y llevarme á la mansion celestial! yo me presentaré ante su tribunal humildemente, pero sin temor, esperando en su bondad infinita. Ve, pues, al punto, mi querido Francisco, á suplicar á mi confesor, el digno cura de Nuestra Señora, que venga á confesarme y á darme los socorros de la religion. Para cumplir estos deberes es preciso aprove-

char los pocos instantes de fuerza y de razon que me concede ahora la enfermedad.

Diciendo así dejó caer dulcemente la cabeza sobre la almohada y abandonó su mano entre las de su esposa; no tardó en oirse una campanilla y descubriose al través de la ventana la luz de los cirios que llevaban, segun el uso del pais, los fieles que acompañaban al sacerdote encargado de administrar el santo Viatico. Mas de cuatro mil personas habian querido asociarse espontáneamente á este acto piadoso, y la calle se vió pronto llena por aquella multitud católica que se arrodilló sobre el empedrado mientras que los individuos del clero entraban en la casa.

Rubens permaneció solo durante algunos momentos con su confesor, á quien manifestó sumariamente su vida entera, en la que numerosos beneficios redimian los errores que son inevitables aun á las naturalezas mas generosas y puras. El sacerdote le dió la absolucion derramando lágrimas, y en seguida el clero, así como la familia del pintor y Van-Dick entraron en el aposento.

Entonces comenzaron las ceremonias de la estremauncion, ceremonias impotentes por su sencillez y para las cuales parece que el ritual católico ha reservado sus mas interesantes oraciones. El mismo Rubens contestó á todas ellas, recitándolas en voz baja, é incorporándose de repente sobre su cama, echó un brazo al cuello de Elena y el otro á su hijo mayor y volvió á caer sobre su almohada.

—¡Partid, alma cristiana! exclamó el sacerdote, y asomándose á una ventana, dijo á la multitud que continuaba arrodillada:

—Orad, hermanos míos; ¡el alma del justo está en la presencia de Dios!

Estas palabras fueron examinadas con gritos de dolor, de suerte que se hubiera dicho que toda la poblacion de Amberes perdía un padre.

Pronto cundió por toda la ciudad la fatal noticia, llevando á todas partes el luto y el desconsuelo; las iglesias todas sellenaron de gente que corria presurosa á rezar por el descanso del alma del hombre á quien la ciudad de Amberes debia tanta gloria, tanto esplendor y tanta riqueza, y los magistrados decidieron por unanimidad levantar un monumento á Rubens, á espensas del comun, en una capilla de la iglesia parroquial de San Jacobo, detrás del coro. «En fin, dice Decamps, el dia «de los funerales llevaron delante de su féretro un cogen «de terciopelo negro sobre el cual habia una corona de «oro. La principal nobleza, el clero, los artistas y las «clases todas de la sociedad se apresuraron á tributarle «sus últimos homenajes. En fin, el caballero Bullart compuso este epitafio:

Ipsa suos iris, dedit ipsa Aurora colores
Nox umbras, titan lumina clara tibi.
Das, tu Rubenius, vitam mentemque figuris,
Et per te vivit lumen et umbra color.
Quid te, Rubeni nigro mors funere volvit,
Vivit, tuo picta colere rubet.

Todavía se vé hoy encima del altar de la capilla fúnebre de Rubens un cuadro en el que están retratados él, sus dos mugeres y su padre.

Delante del altar se encuentra el sepulcro del artista célebre formado por una gran piedra de mármol, sobre la cual se lee esta inscripcion, sustituida sin duda á la que cita Decamps:

Petrus-Paulus Rubenius eques
Joanis, hujus urbis senatoris,
Filius, Steini toparcha:
Qui inter ceteras quibus ad miraculum.
Excelluit, doctrinæ historiæ præcæ,

Omniumque bonarum artium et elegantiorum dotes,
Non sui tantum seculi,
Sed et omnis ævi.
Apelles dici meruit.

Atque ad regum principumque virorum amicitias.
Gradum sibi fecit;

A Philippo IV, Hispaniarum Indiarumque rege,
Inter sanctioris concilii scribas adscitus.
Et ad Carolum Magnæ Britannie regem,
Anno MDCXXIX delegatus,
Pacis inter eosdem principes mox initæ
Fundamenta fœderis posuit:

Obiit anno salutis MDCXXX may, ætatis LXIV.

Hoc monumentum à clarissimo Gerartio

Olim Petro-Paulo Rubenio consecratum

A posteris huc usque neglectum,

Rubeniana stirpe masculina jam inde extincta,

Hoc anno MDCCLV poni curavit

R. D. Joannis Baulista Jacobus de Parys,

Hujus insignis ecclesiæ canonicus,

Ex matre et aviâ Rubeniâ nepos.

El día mismo en que se celebraban los funerales de Rubens en medio del dolor de una ciudad entera, llegaba a la iglesia de San Dionisio de Paris, un féretro de plomo, que un sacristan acompañado de tres sepulcros bajó con la mayor indiferencia á los subterráneos de

la capilla real. Despues de haber evacuado su encargo sacó de su bolsillo un pedazo de papel que le habian entregado y en el cual se hallaba escrito el nombre que habia de ponerse sobre aquel féretro.

Este nombre era *Maria de Médicis*.

—¿Quién era esta muger? preguntó un sepulcrero.

—¡Pardiez! contestó el sacristan, debía ser una dama de alto rango cuando la entierran en San Dionisio; pero ignoro su rango verdadero. Todo lo que sé es que el féretro llega de Colonia.... pero aguardad, aquí hay todavía una línea que debe ponerse debajo de su nombre... este pedazo de papel esta escrito con lapiz y con una letra tan menuda que no habia reparado en el resto de la inscripción. Veamos. *Maria de Médicis*, reina de Francia.

—¿Con qué es la madre del rey Luis XIII?

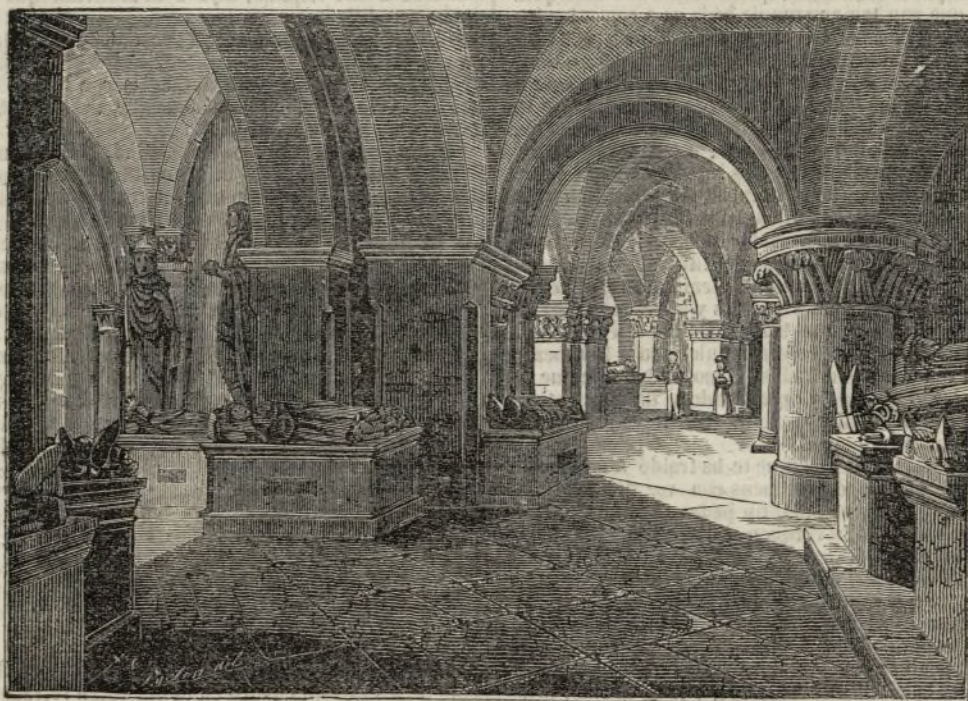
—La misma.

—¡Por San Waast, mi patron! yo creia que habia muerto hace veinte años, dijo el sepulcrero.

Diciendo así, recogió sus cordeles y su azadon, y salió del subterráneo sin pensar mas en la muger de quien acababa de hablar.

Hoy en Amberes, el niño mas pobre del pueblo sabe todavía el nombre de Rubens y os enseña con respeto la capilla donde reposan los despojos mortales del gran pintor.

S. ENRIQUE BERTOLD.



PANTEON DE SAN DIONISIO EN PARIS.

